

---

**JOSÉ MARÍA VILASECA**

**EL DIARIO SOBRE SAN JOSÉ**

---



## PRÓLOGO

---

Habiendo recibido de la Santa Sede la aprobación de ambos Institutos Josefinos, y siendo ella, según nuestra más íntima convicción, gracia especialísima de señor san José hacia nosotros, sus pobres hijos, hemos creído conveniente imprimir el *Diario sobre señor san José*, para que, repartido entre nuestros hijos, correspondan a tan extraordinario beneficio.

Hemos llamado *Diario sobre señor san José* a un conjunto de sentencias que tienen por objeto descubrirnos algo de la infinidad de gracias y privilegios que colocó Dios en san José, así como de aquella serie de acciones suyas que nos lo retratan de algún modo como él es y, por decirlo más claro, dichas sentencias tienen por fin especial, descubrirnos algo de lo que Dios dio a san José, así como de lo que san José dio a Dios por medio de su fidelidad a las gracias recibidas.

Dichos pensamientos están divididos de modo que haya uno para cada día, que procurará leer la comunidad al fin de las oraciones; de esta manera tendremos en ellos un recuerdo diario sobre san José, que, al paso que nos servirá para conocerlo y amarlo, queremos que sea una continuada acción de gracias por el beneficio especialísimo de la aprobación de ambos Institutos.

México, mayo 19 de 1903.

José María Vilaseca.

1. Propagar los escritos y libros que tratan de san José, como son los triduos, septenarios, días 19, días 20 y jueves de cada semana, con el deseo de que el santísimo Patriarca sea conocido, honrado y glorificado. Y de mi parte lo glorificaré desde ahora, levantándome con presteza a las cuatro de la mañana y me vestiré con modestia y diligencia.
2. Los miércoles de cada semana manifestarle mi amor al santísimo Patriarca, diciéndole: Glorioso san José, sé el santo de mi corazón y haz que nadie me gane en extender tu devoción, ya que por mi vocación estoy obligado de una manera especialísima.
3. Piensa que los cielos se abren, que ves a san José en su excelso trono de gloria, al lado de la santísima Virgen, y que los santos te dicen: “Nadie ha sido tan honrado como san José”. Hónrale tú ahora en este mundo, haciendo el examen particular dos veces al día y una vez el general, arrepintiéndote de corazón en dichos casos, para que, perfeccionándote, el santo te glorifique en el cielo.
4. Santos del cielo, alcáncenme imitar en el amor a san José, porque en esa patria celestial, después de Jesús y de María, es José el que forma toda su complacencia por toda la eternidad. Y para que más pronto veas tú a señor san José, procura ganar desde ahora todas las indulgencias concedidas en el Instituto.
5. Pensando en María santísima y el niño Jesús, se debe con frecuencia darle gracias a san José, que de una manera tan especial la ayudó en la encarnación, nacimiento, infancia y adolescencia de Jesús. Y, sobre todo, manifiesta tu amor a san José huyendo de lo malo y practicando lo bueno.
6. Es imposible pensar en la vida de María y de Jesús, sin sentir a la vez en el pecho una centella de amor y de gratitud a José, santo sin igual, que obró como esposo de María y padre de Jesús, y lo obró siempre perfectísimamente bien.
7. Desea con grandes deseos ser un pregonero y panegirista de las glorias de señor san José como lo fueron Orígenes y Tertuliano, san Andrés y san Atanasio y los santos Agustín, Ambrosio, Basilio y Jerónimo, y para que tú logres con facilidad ser devota del ángel de tu guarda y de las ánimas del purgatorio.
8. San José es superior a los apóstoles y aun al mismo san Juan Bautista, porque su ministerio es por Jesús y sobre Jesús. ¿Puede hacerse mejor elogio de san José? No, mil veces no; lo que ha de determinarnos a trabajar con empeño para que san José sea

conocido y sea, por tanto, más y más honrado. Anima tu fe sobre los oficios del santísimo Patriarca acerca de Jesús y María.

9. Bendice, loa, ensalza, engrandece y glorifica a san José, ya que es el mayor de los santos, según los doctores, los santos padres y la santa Iglesia, ya porque serás un día glorificado por él en el cielo, conforme la medida de tus trabajos en su honor y gloria, ya porque imitarás a los santos de primer orden.
10. Se ha notado siempre que los santos más devotos de María santísima se han distinguido mucho en el amor especialísimo a señor san José. Trabaja tú también para ser su entusiasta, y en la práctica se vea en ti que comulgas como quien luego ha de morir y vivas como si luego hubieses de comulgar.
11. Otros santos socorren en alguna necesidad especial, pero al santísimo José se le ha concedido por Dios socorrer en todo negocio y necesidad y patrocinar a sus devotos, así como defender en sus tribulaciones a todos los que a él piadosamente acudan. Sea por tanto tu vida como de religioso que comulga diariamente y diariamente invoca a san José.
12. Para que aumente tu confianza en san José, medita las graves, consoladoras y admirables enseñanzas que sobre él te dieron todos los santos de estos últimos tiempos, porque todos se han distinguido por su devoción a san José, y así alcanzaron pureza entera de costumbres y cumplimiento exacto de sus obligaciones.
13. Los grandes santos Pedro de Alcántara, Gaspar de Bono, Francisco de Sales, Teresa de Jesús y Alfonso María de Ligorio, con los venerables Gerson, Gracián e Isidoro de la Isla, todos fueron los apóstoles más fervientes de la devoción al santo. Y tú, ¿qué has hecho?, ¿qué haces?, ¿qué harás en adelante para su honra y gloria? Acuérdate que eres religioso josefino y que debes trabajar mucho por él.
14. ¿Por qué hoy día está en todo México la devoción a san José tan pujante, tan floreciente y tan extendida que se va introduciendo en todos los hogares cristianos? Porque ambas familias josefinas desde el año de 1872 sembraron y aún continúan sembrando la semilla de esta devoción.
15. ¿Qué gozo en el cielo y qué aumento de gloria no han de recibir las almas de los celosos propagadores de las devociones a san José, al ver que así ha fructificado la semilla que ellos sembraron? Y tú, ¿qué haces para extender la devoción a san José?, ¿qué piensas hacer para glorificar a este santo sin igual? Despierta de tu apatía, resuelve y enmiéndate.
16. La venerable Madre Chanzy de la Visitación experimentó dulcísimos y preciosos efectos de la paternal bondad de san José, como lo evidencian su vocación y perseverancia en la Orden indicada, porque quiso muchas veces abandonarla, y san José le concedió la perseverancia.
17. La misma Madre Chanzy asegura que sin la protección de san José, cien y cien veces habría perdido su vocación, y que la conservó con la mayor fidelidad por invocar de continuo en aquellas tan terribles tentaciones, el amparo y protección de san José. Sea, pues, tu conducta, invocarlo con la mayor solicitud y fervor.

18. Nombrada ecónoma, dicha venerable madre, muchas veces no tenía para sufragar los gastos; entonces se prosternaba ante la imagen de san José, y el proveedor de la casa de Nazaret llenaba su bolsa vacía con socorros inesperados que llegaban al convento; tan dadivoso se muestra san José. Ejercítate en estas súplicas como honesta ocupación que la santa obediencia te ha confiado.
19. Acudir a san José en todas las ocasiones en las que tu casa se halla en necesidad por deudas, por el vestido, por la comida o por obras emprendidas, es medio eficaz para experimentar plausibles efectos de su protección paternal y verse auxiliados, aun en medio de la mayor escasez y miseria. ¡Así es la protección de san José!
20. No pasaré día sin hablar de las excelencias y bondades de mi padre, señor san José, y acudiré a él diciéndole con fervor: Sé, José, mi abogado en esta vida mortal; y procuraré hacerlo con tanto fervor como devoción, aun en el estudio y trabajo.
21. Contempla a san José, que te dice, mostrándote a su apasionada devota, **Teresa de Jesús**: “Esta es mi hija muy amada, a quien debo mi principal gloria en la tierra”. ¿Y qué dirá de ti san José? ¿Qué has hecho para que sea conocido honrado y glorificado? ¿Qué piensas hacer de hoy en adelante? Ojalá que obraras según tu vocación.
22. Santa Teresa de Jesús a ningún santo cedió la palma en la devoción a san José, y con su ejemplo y exhortaciones hizo que por toda la Iglesia católica se venerase con especialísima devoción la fiesta de san José, que continuamente fuese invocado y que al santo se recurriese en las tentaciones y necesidades, así públicas como privadas, y de un modo especial lo exhortaba a sus religiosas. Y tú ¿a quién lo exhortas?
23. La vida de santa Teresa de Jesús fue un continuado obsequio a su señor y padre, san José, y celebraba con inusitada pompa la fiesta de san José; iba a fundar conventos con una imagen de san José; emprendía los negocios más difíciles, encomendándolos al glorioso Patriarca señor san José; a trece de sus monasterios les puso el dulcísimo nombre de san José, y los dejaba bajo su protección. A esto viniste tú también al Instituto de san José, para que sea tu vida un continuo obsequio al santo y un trabajar continuo para que sea honrado.
24. Santa Teresa de Jesús se colocó de tal suerte bajo la protección de san José, que a él acudía en sus enfermedades y apuros, en sus necesidades y peligros, y veía en él su auxilio, su socorro y su proveedor. Ésta ha de ser tu conducta, religioso de san José, y más todavía, porque para esto te ha llamado Dios.
25. Santa Teresa de Jesús, acompañada de san José, fue madre de innumerables hijos e hijas carmelitas, recorrió todos los grados de oración y contemplación más altísima, recibió gracias especialísimas de Jesús y María y murió asistida del glorioso san José. Aprende de la santa a honrarle y propagar su devoción. ¡Qué lástima que aún seas tan tibia tratándose de extender la devoción a san José!
26. En 1795 la orden de Carmelitas Descalzos tenía ciento cincuenta monasterios e iglesias, fundadas bajo la advocación de san José. ¡Ojalá que desde este día, a fuer de misionero josefino, seas un activo propagador de devoción tan santa y provechosa!
27. Santa Teresa de Jesús recibió miles y miles de beneficios del santísimo José, porque nunca le pidió cosa alguna que se la dejase de conceder y porque en su accidentada

vida, que lo llamó en su socorro millares de veces, siempre vio logrados sus deseos por su intercesión. ¿Y por qué tú no te dedicas del todo al amor de san José?

28. En uno de los gloriosos raptos de santa Teresa de Jesús, en los que vio a Jesús y a María, casi siempre veía a san José; y de modo especial en una ocasión vio a san José a su izquierda que, con María santísima, la vestía de una vestidura blanquísima, que le indicaba que todos sus pecados se le habían perdonado, y vio de un modo especial al santísimo Patriarca que estaba con ella.
29. No dejaré ningún día sin pensar en san José, sobre mis deberes, y, antes de tomar resolución alguna, invocaré a san José, que me ilumine y se digne inspirarme lo que debo hacer para obrar en un todo, conforme la santísima voluntad de Dios, principalmente en mis estudios y en la enseñanza que debo dar a los demás.
30. Mira al pueblo cristiano de todo el mundo, que, en sus grandes necesidades, conducido por el romano Pontífice, exclama: Vayamos a José, recurramos a José; y pidámosle a san José la gracia de conocerle y amarle con todo el corazón, para que trabajando o estudiando nos entretengamos con Dios con amorosas jaculatorias.
31. ¿Qué dice el pueblo cristiano de san José? Dice que es el más grande de los santos del cielo, el más amado de Dios, el más amante de los hombres, el tesorero y el dispensador de los tesoros del cielo; el protector universal de la gran familia cristiana, el consolador de toda necesidad, la misericordia en toda tribulación y el amparador en todo peligro de todos los cristianos de toda edad, sexo y condición, sin que exista ni uno solo que haya acudido a san José, pidiéndole socorro, y que no haya sido atendido. ¡Amemos de corazón a san José!



1. ¡Oh!, qué gran santo es el glorioso san José! Santo glorioso, santo sin igual, santo bendito, asísteme y ampárame; y como el más amado de Dios y el más honrado de los hombres, asísteme y protégeme en todo peligro y necesidad, en la vida y más en la muerte. Y de mi parte, prometo hacer todos los actos de comunidad, para que obre por obediencia y alcance poco a poco la perfección propia de un religioso.
2. El pueblo cristiano, no sabiendo explicar las excelencias de san José para con Dios y sus infinitas bondades para con él, prendado del aroma divino de esta humilde violeta de los primeros siglos, ahora ha querido tributarle inmenso honor y, siguiendo los dichos y hechos de la Santa Sede, lo coloca en el punto más principal del jardín de la Iglesia, al lado de Jesús y de María. Amemos, honremos y glorifiquemos a señor san José y procuraremos que toda criatura lo bendiga, lo alabe, lo honre y lo glorifique.
3. Tú, Señor, de todo el mundo escogiste una sola selva; de todas las selvas, un sólo campo; de todos los campos, un solo jardín y de entre todos los jardines, un solo lirio; así como de todos los mares, una sola fuente; de todas las ciudades, a sola Sión; entre todas las aves, una paloma, y de todo el ganado, una sola oveja; así escogiste a nuestro señor san José, de entre todos los hombres, para que custodiara y alimentara a Jesús y a María; así nos ha escogido a nosotros para que, libres de la voluntad propia, sólo hagamos la de Dios.
4. Tratándose de José, debe exclamarse: gloria, honor, claridad, bendición y acción de gracias a tan privilegiada criatura. Himnos de honor y gratitud resuenen en todo el mundo hasta la consumación de los siglos. Que el bendito José sea ensalzado, honrado y venerado sobre todos los santos, y lo sea con Jesús y María, y lo sea de mi parte, obrando como religioso que tiene también por objeto procurar la gloria de san José.
5. Glorioso padre y señor mío, san José, sí, bendito seas y ensalzado y honrado, glorificado e invocado sobre todos los santos. Y estos mis deseos sean un himno de honor y gratitud que resuene en todo el mundo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. ¡Oh, quién me diera verte más conocido y glorificado! ¡Quién me diera que todos los miembros de ambas familias josefinas lo hicieran también!
6. Es inexplicable la devoción que tienen los fieles a san José, y se lo muestran de mil maneras, por esto puede afirmarse que no hay ciudad que no tenga alguna iglesia de san José, ni iglesia que no lo venere en alguno de sus altares, ni pueblo que no tenga alguna calle de san José, ni familia que no tenga alguno de sus vástagos que lleve el

nombre de José, ni fiel cristiano que no le rece, ni lo obsequie cada día o en su fiesta. Que todos trabajemos a este fin, sean las obras de nuestros santos Institutos. Bendito seas, santo mío, señor san José; santo de mi corazón, bendito seas; que toda criatura te honre, te alabe y te glorifique como lo mereces, dándote todo el culto que te desea la santa Iglesia, por medio del Romano Pontífice, extendiendo sus decretos y encíclicas que hayan de la gloria.

7. (No hay)
8. ¡Oh bendito, santo mío, señor san José, santo de mi corazón, bendito seas, y aun lo seas por los siglos de los siglos!, por esta explosión de amor y gratitud, de entusiasmo, honra y estimación del pueblo fiel hacia ti, que por medio de la lectura de “El Propagador de la devoción a san José”, se ha extendido por todas partes de México. ¡Bendito seas!, y seas todos los días más conocido y glorificado, y así lo seas por mi trabajo y por el de todos mis hijos.
9. Decía santa Teresa de Jesús que no había conocido a persona devota de san José que no fuera recogida y sólidamente piadosa, porque san José es el serenador de las almas atribuladas y es el poderoso protector de los que tratan de hacerse santos, mediante la acertada práctica de la vida interior. Y, sobre todo, te enseñará a hablar de los otros como quisieras que hablaran de ti. Habla de los tuyos con verdadera caridad.
10. Lo que no se logra por industrias humanas, se alcanza con la devoción a san José; y la aflicción del espíritu que por los escrúpulos dura a veces años enteros, con un triduo, con un septenario, con una novena o con los siete domingos, se obtiene en pocos días; tanto es el poder de la devoción a san José. ¿Qué maestro de almas puede gloriarse de semejante triunfo? Para que lo consigas, ten grande atención y devoción en los ejercicios y fiestas de san José.
11. Jesús y María, hagan que todos conozcan, amén, honren y glorifiquen a su padre y esposo, señor san José. Para que así sea, rezaré con frecuencia los siete Padre nuestros, Ave Marías y señor san José, gloriados con el Gloria a Jesús, María y José, por siempre; asistiré al rezo solemne de los siete domingos en nuestro templo dedicado a la Sagrada Familia de Jesús, María y José.
12. Son innumerables los pequeñuelos que, por consejo de sus padres, con las manecitas elevadas al cielo le dicen al santo bendito: Glorioso san José, hazme todo de Jesús y vuélveme niño por el candor y la limpieza de mi alma. Por esto millares de almas que lo alcanzan, corren al olor de los suaves perfumes que se desprenden de sus virtudes. La devoción a san José es todo cariño, dulzura y amor, cuando los niños son los que lo aman y le piden mercedes.
13. San José, viejito en los últimos años de su vida, asistido de Jesús y de María; san José, en la edad viril, llevando al niño Jesús en sus brazos, abrazándole, besándole, acariciándole y regalándole, es lo cierto que todo respira cariño, dulzura y amor. ¡Oh!, si desde hoy procuráramos hacer un acto de verdadero amor a san José. Amémosle de corazón y pidámosle que su amor nos introduzca en el corazón de Jesús.
14. ¿Quién no se embelesa, encanta y extasía ante la imagen del santísimo Patriarca fugitivo a Egipto con el niño Dios, dormidito en paz, muchas veces en sus brazos,

envuelto en su pobre manto otras y aun descansando y jugueteando con él bajo las palmas del desierto? ¡Oh santo bendito!, haz que te ame de corazón y de alma, haz que todos los días se aumente en mí la más completa confianza en tu protección.

15. San José, allá en Egipto, acompañando, ayudando y socorriendo al niño Dios y viendo y contemplando a María, hacendosa madre de familia, en sus quehaceres domésticos, ofrece verdaderamente meditaciones profundas que rebosan hermosura y amor. ¡Oh!, si desde hoy lo amáramos como Jesús y María lo amaron. Tomemos la resolución de hacer todos los días algo que le indique a san José nuestro amor.
16. No nos ha de maravillar que los niños y pequeñuelos que por sentimiento adivinan dónde está la dulzura, el cariño y el amor corran desalados tras los perfumes que exhala con estas gracias el bendito Patriarca san José con su hijito Jesús en sus brazos. Dichosas las maestras del asilo que, como verdaderas hermanas josefinas, saben infundir en los niños el amor a san José y más dichosas las que prácticamente hacen con ellos algo que los conduzca al amor a san José.
17. Ya en Nazaret decían los tiernos parvulitos al salir de la escuela: vayámonos a la dulzura, al cariño y al amor. Y diciendo y haciendo, se iban en tropel corriendo al taller de Nazaret, donde trabajaba Jesús con su padre san José. ¡Quién fuera como ellos! ¡Quién pudiera trabajar con Jesús teniendo por maestro a san José!
18. La niñez de todo se cansa, pero los niños de Nazaret no se cansaban de pasar horas y más horas contemplando al niño Jesús trabajando con san José; y esto lo hacían un día y otro día, y siempre les quedaban los más vivos deseos de volver a contemplar un cuadro tan admirable y consolador, como lo es José y Jesús en Nazaret. Procuremos infundir en nuestros niños tan dulces y admirables efectos.
19. La vida inmaculada de José y la infinita suavidad y dulzura de Jesús trascendía por todas partes, y los niños experimentaban algo de aquella virtud; y los tenía como embobados aquella fineza y delicadeza del padre virginal de Jesús y de Dios hecho hombre. Por esto, digan: vamos a contemplar a Jesús y a José.
20. José, José es el conductor de Jesús, del aceite derramado, del esposo de las vírgenes, del bálsamo del todo eficaz que esparce a lo lejos su fragancia y virtud divinas, con las que atrae a las almas puras y las hace correr tras el olor de los perfumes de su infinita virtud. Por José, que conduce a Jesús, hagamos todos los días un acto de paciencia.
21. Qué mucho que los niños cristianos corran desolados hacia el glorioso Patriarca san José, que lleva en sus brazos a Jesús, que es el imán divino de las almas. Siempre lo hemos observado en los asilos, que la imagen de san José tiene el encanto en los corazones de los niños, que los atrae, los cautiva y los arrebató en su amor. Que san José sea todos los días más amado de los niños de nuestros asilos.
22. San José en los triduos, septenarios y novenas, atrae para sí mayor número de niños que las fiestas del niño Jesús y de María, porque parece que el santo los arrastrara a sí, a fin de que oyeran la voz de los ángeles que les decían: “Id a José”; y ellos van a José, y se confiesan y comulgan en las festividades de san José, y aun en días que le están consagrados.

23. Mucho es lo que gozamos cuando vemos a centenares de niños postrados ante la imagen del santo, pidiéndole todo género de gracias y después levantándose fervorosos y devotos llevando en procesión la imagen de san José, bendiciendo a todos los habitantes de la casa. Que toda criatura bendiga, alabe y glorifique a san José, mi protector y de la Iglesia universal.
24. Pidámosle a san José nos alcance de su divino Hijo misericordia y perdón y, como santo sin igual que es, recordémosle que por nuestra salud Dios lo ha enviado que nos precediera en el cielo, para que, teniendo sus súplicas fuerza de mandato, ore por nosotros, interceda por nosotros y nos salve eternamente; y para obligarlo, procuraremos tener como él una afectuosa memoria de la vida, pasión y muerte de Jesús.
25. Los niños nos arrebatan el cielo con su devoción tierna y entusiasta hacia el glorioso san José, y nosotros, ¿lo consentiremos impasibles? ¡Oh!, hora es ya de asemejarnos a estas almas puras e inocentes, y pidámosle una buena muerte, por las poderosas y fervientes oraciones que le dirigen diariamente la niñez de nuestros colegios y escuelas.
26. La bienaventurada Verónica de Vinasco, habiendo acompañado a José y a María con el infante Jesús en su huida a Egipto, aprendió de José y de María que no hay gracia que se alcance del cielo sin padecimiento; desde aquel día comenzó Verónica a hacerse santa, abrazando todos los días más y más el padecer, pero sin quejarse.
27. El recuerdo de lo que san José había padecido buscando albergue en Nazaret y en la huida a Egipto, ha de hacernos dulces y preciosos los insultos e improperios que nos vengan ante los humildes portes nuestros, pero, por divina permisión, mal interpretados por los demás.
28. Procurar que todos los niños de los asilos amén y se consagren a san José; y en recompensa, pidámosle al santo bendito que nos haga niños por la fuerza, sencillez y candor.
29. Representémonos a san José que dice a todos y a cada uno de los miembros de ambas familias josefinas: sed mis imitadores en la justicia, la cual fue en mi tanta y tan grande que el Espíritu Santo ha querido que fuese llamado el justo. ¡Oh!, que jamás hagamos una acción que sea contraria a la justicia. Que así amemos tanto el ser santos y que en la santa misa, después de consagrada la hostia y el cáliz, adoremos a Jesús como José lo adoraba teniéndole en sus purísimos brazos.

1. Cuando el santo Evangelio dijo de san José que era un varón justo, hizo de él el mayor elogio, porque lo declaró justo de la manera más cabal y perfecta y de un modo tan absoluto que supera su justicia no sólo a la de todos los santos, sí que también a la de todos los ángeles de la corte celestial.
2. Al llamar el Espíritu Santo a José, él varón justo, lo proclamó adornado de la justicia universal que es la suma de todas las virtudes, porque todos sus pensamientos, palabras y obras se encaminaron siempre a la mayor honra y gloria de Dios, y estuvo labrando con tanta perfección, que obró en un todo según el compás y nivel de la divina voluntad; tanta, tan perfecta y tan absoluta fue su justicia. Nada de culpa hubo en san José.
3. Fue llamado san José el justo por la perfecta observancia de la ley de Dios y sus consejos; justo por su fe, devoción y posesión del Mesías; justo por haber obrado siempre con toda la rectitud con que obraron nuestros primeros padres antes que cayesen en el pecado original; y justo porque cumplió sus deberes para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo. Para que algo alcances de tanta justicia comulga sacramentalmente cuantas veces puedas.
4. Justo fue llamado san José, porque poseyendo toda virtud y perfección dio a cada uno lo que se le debe; fue constante con la fortaleza, magnanimidad y perseverancia en toda virtud y justo cual convenía al que siempre había de ser llamado padre de Jesús y verdadero esposo de María, Madre de Dios. Alcanzarás algo de tanta virtud si fueses devotísimo de la comunión espiritual.
5. Fue llamado san José el justo en extremo grado hasta el punto de autorizarnos a decir de él que todo lo hizo bien. Que san José nos enseñe a ser justos dando a Dios lo que es de Dios y amando al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios. Procura, por tanto, santificar cada hora por medio de la comunión espiritual.
6. Demos a Dios lo que es de Dios, reverenciándolo, amándolo, adorándolo, revestidos siempre de un santo temor; seamos puros en pensamientos, palabras y obras con la mayor pureza de intención, con esto daremos el primer paso hacia la suma justicia que alcanzó el justo José, porque no sólo leeré bien las santas reglas, sino también los libros propios de la comunidad.
7. Ay de aquel cuya vida sea un ultraje constante a Dios, una injuria continua a nuestro prójimo, por tener en su alma la degradación feísima del pecado que ha cometido.

Conducta del justo José. De mi parte tomaré el alimento no por regalar el apetito, sino para vivir siempre sin pecado.

8. Ya que sólo en la guarda de la justicia hay paz y tranquilidad, tengamos para Dios un corazón de hijos, con el prójimo un corazón de madre y con nosotros mismos un corazón de juez; así, seremos justos y felices como san José; así, jamás procuraremos oficios por voluntad; así, nos sujetaremos continuamente a lo que disponga la obediencia.
9. Después de haber contemplado a san José, haciendo oración con Jesús y María en el templo de Jerusalén y en la casa de Nazaret, dirijamos al santo Patriarca fervientes súplicas diciéndole: señor san José, tú que eres el maestro de la oración, enséñame a orar; y todos los días hagamos oración fervorosa acompañados de san José.
10. Ya que no hay cosa más necesaria que la oración. Porque el que ora se salva y el que no ora se condena, pidámosle al señor san José que nos enseñe el modo de hacer oración, levantando la consideración a Dios para decirle mercedes. ¡San José, enséñame a orar! Y sea esta jaculatoria que infundamos en el corazón de todos nuestros niños y niñas.
11. Si aprendemos de san José el orar, y de hecho oramos conforme nuestras reglas y oramos vocalmente y por medio de jaculatorias, entonces, junto con la oración nos dará san José el alma de las obras perfectas, el muro para defender la ciudad de nuestra conciencia, el cimiento del edificio espiritual, el lastre del navío de la gloria, la fortaleza y el arma para pelear contra todos los enemigos de nuestra alma. ¡Enseñame a orar, señor san José!
12. Hazme comprender glorioso san José, que sin oración me pierdo, porque las tentaciones me vencerán, vacilaré a las menores dificultades y pereceré a las menores dificultades y pereceré miserablemente por el pecado cometido. Glorioso san José, enséñame a orar y haz que sea hombre de oración y que junto con la oración sepa cumplir perfectamente las obras de un apóstol.
13. José, orando entre Jesús y María, enseña que no hay ejercicio más dulce y suave que la santa oración, y porque las palabras con las que Dios habla al alma son más dulces que el panal de miel.
14. ¿Quién podrá explicar a qué alteza de espíritu voló señor san José? ¿Quién podrá ni siquiera imaginar lo subido de la oración y contemplación del santo? Nadie, absolutamente nadie, y ni siquiera los más encumbrados serafines podrán vislumbrar algo de la sublime oración de san José.
15. Señor san José, hazme hombre de oración y concédeme la gracia de que ore tanto y tan bien, que orando alcance de hecho el fundamento de los bienes de la gracia el alma de todas las buenas obras, los deseos más ardientes de hacerme santo y los más vivos propósitos los lleve acabo por vuestra bondad. ¡Señor san José, enséñame a orar, hazme verdaderamente hombre de oración, haz que sepa unir mi vida de Marta con la de María!
16. Es la oración la luz del espíritu, la alegría del corazón, el fervor de la voluntad, el consuelo de la conciencia, el sustento de la gracia y la engendradora de los dones y

frutos del Espíritu Santo; todo esto alcanza el que hace la oración amaestrado en la escuela de san José. Que todos los hijos de ambas familias sean gente muy amante de la oración.

17. José es el hombre de la oración y el varón más privilegiado de Dios, y el más privilegiado del Rey eterno, y el más allegado al Emperador de la gloria, y el que tiene el más fácil y más íntimo trato con Dios. ¡Señor san José, enséñame a hacer oración, y que ore todos los días con más fervor y facilidad y mayor práctica en la virtud!
18. ¿Cuál no debía ser la oración de san José, que, a solas y en compañía de María, gozaba de la presencia del Rey de la gloria, y que fue su hijo, su hijo sumiso y obediente a su voz por más de treinta años? La vida de José no pudo ser otra cosa que una continuada oración.
19. No hay para mí una cosa más encantadora que una bella imagen de san José con el niño Jesús, que descansa dormidito en sus brazos, porque nos declara algo de lo altísimo de su oración y de la alteza de su contemplación. ¡Señor san José, enséñanos a orar viendo a Jesús, teniéndolo en tus brazos y enséñanos a dar los primeros pasos! ¡Señor san José, enséñanos a orar!
20. El que aprende a hacer oración en la escuela de san José, llega de hecho a ser hombre de oración, y a su tiempo alcanza algo de aquel misterioso sueño que hace estar más despierto, de aquel místico silencio que habla en lo interior, de aquella obscuridad que brilla admirablemente, de aquella limpieza que hace limpios de corazón y los conduce a ver a Dios; y aprende, sobre todo, en fuerza de la misma oración a ser hombre mortificado, sufrido y devoto.
21. Dormía san José, y era su oración subida, estaba despierto y atento, velando a su amado Jesús, con su corazón abrasado con las llamas de una infinita caridad, y José oraba durmiendo. Qué desgracia dejar alguna vez la oración para dormir.
22. José oraba, y en su oración descansaba el niño Jesús sobre su pecho; y entonces se arrojaba del todo con todo ímpetu de su voluntad en el amor de aquel soberano bien, y se transformaba en el amado; entonces se cumplía que Jesús era todo de José y José era todo de Jesús. ¿Cuándo comenzaremos nosotros a decir: “Mi amado es todo para mí”?
23. Era san José de la más levantada pureza, porque libre de pecados, tenía su corazón tan puro, limpio y cristalino que no tenía impedimento para la unión con Dios y para que Dios lo levantara para sí de la manera más admirable, imprimiéndole perfectísimamente su semejanza. ¡Señor san José, hazme limpio de corazón, hazme la gracia que todos los días deteste mejor las faltas de la pasión dominante!
24. Cuando la Virgen se dedicaba a los ministerios caseros, san José tomaba al niño en sus brazos, y san José descansaba en los brazos de Dios, y se le olvidaba al santísimo Patriarca todo cuidado, quitábasele las aflicciones, porque le bastaba Dios, a quien amaba, y el Niño a quien servía. Dichosa el alma que, desprendida de sí misma, pone su confianza en Dios.
25. Firmemente allegado y del todo apegado a Dios, estuvo san José más que todos los santos y ángeles juntos, después de la Virgen María, pues, contento con la divina

presencia y habla interior, se fijaba y llegaba tan íntimamente a él, que lo hacía con todo el ímpetu de que su corazón era capaz, de suerte que en todo tiempo, en toda edad y en toda ocasión siempre se unió a Jesús de la manera más perfecta y admirable, practicando siempre en grado tan heroico todas las virtudes.

26. ¡Oh!, ¿quién viera al bendito Niño colgado en algunas ocasiones de los brazos y del cuello de san José? ¿Quién viera al mismo san José queriendo meterse al Niño dentro de sus entrañas y darle el corazón por no contentarse con los besos y abrazos exteriores? Nadie podrá ni imaginarse siquiera el modo admirable con que el señor san José se unía a Jesús.
27. Oh, ¿quién supiera orar como san José? ¡Santo maestro de la oración, enséñame a orar!, condúceme de la mano para que ore bien y haz que yo sea uno tus más aprovechados discípulos, que sea hombre de oración.
28. Imita a san José que oraba frecuentemente y ardentísimamente y siempre, siempre ante Jesús y María. Imita a san José en el orar; y si no tienes maestro, pídele a san José que te enseñe a tener oración, y no erraras el camino, porque te conducirá por la senda de la verdadera oración.
29. ¡Oh san José, maestro de la oración!, pégueme mi lengua al paladar y olvídeme de comer mi pan, si me olvidara de tener todos los días la oración que me dice mi regla. Haz que mi corazón respire todos los días actos los más inflamados de oración.
30. Contempla a san José que, vista la soberbia satánica que se extiende por todo el mundo, lleno de compasión dice a sus devotos: “Aprende de mí que soy manso y humilde de corazón, y aprenderás la humildad y la mansedumbre mediante la santa oración”.
31. Humildísimo san José, alcánzame la verdadera humildad, ya que por humildad no quisiste presentar a los maestros de la ley a tu purísima esposa, como la Madre del Mesías prometido conforme a los dictámenes de la ley y sus tradiciones.

1. Humildísimo José, por tus actos subidísimos de humildad hazme tan humilde que me conozca a mí mismo; conociéndome me desprecie según merezco en vista de mi vileza; y adquiera la práctica de sufrir las molestias del prójimo diciendo: “por ti señor san José...”
2. Señor san José, dame de corazón por medio de una serie de humillaciones que reciba de tú bondadosa mano; y hazme tan humilde que interior y exteriormente reconozca mi pecado y mi vileza que me acompaña y acompañará siempre porque todo lo bueno que hay en mí todo es de Dios, y mío todo lo malo.
3. Señor san José ¿quién como tú humilde? Por esto amaste a Dios hasta el desprecio de ti mismo; y lo amaste con la bondad y verdad de tus pensamientos, palabras y obras atribuyendo a Dios todo lo bueno que hiciste, deseando que fuera siempre sumamente adorado de toda criatura.
4. San José siempre fue el más humilde de entre los hombres, y por efecto de su profunda humildad trabajaba con todo empeño en guardar vigilantísimo las gracias, los privilegios y las bendiciones con las que lo dotara la divina Providencia; y esta fidelidad a las gracias es la que cada uno se la ha de pedir a san José.
5. San José era tanto, tan grande, tan privilegiado delante de Dios, que sólo era conocido adecuadamente de su Purísima Esposa María; del mismo modo que sólo José conocía quien era la Madre de Dios y hasta que punto debía ser bendecida, honrada y glorificada. Oremos para que toda criatura honre como se debe a José y María.
6. San José el más perfecto modelo en la práctica de la humildad del corazón de Jesucristo Nuestro Señor, sufrió los desaires y menosprecios de sus amigos y parientes, en Belén, al ir a empadronarse con María su Esposa, y los sufrió más terribles no hallando un rincón siquiera para albergarse: y en la huida a Egipto acto también de inmenso dolor: y como esto lo sufría por voluntad de Dios, recibió al mismo tiempo su corazón un sumo gozo.
7. Le gustaba a san José tratar con pobres, como el más privilegiado discípulo de aquel que había de enseñarnos la bienaventuranza que acompaña a los pobres de espíritu: que así seamos ambas familias josefinas. Amén.
8. Los ejemplos de humildad divina ofrecían a José los incentivos más poderosos, para humillarse sin cesar, y a todas horas; y al paso que los ángeles mismos veían a José

colocado hasta el pináculo más alto de la dignidad, el santo se sentía profundamente humillado, no sólo ante los ángeles, sí que también hasta el último de los mortales.

9. San José como verdadero humilde, era su vida darle a Dios el más admirable conjunto de acción de gracias por todos los carismas y gracias que le había dispensado: y con nobleza de ánimo, al paso que reconocía los dones singularísimos que de Dios había recibido, se los tornaba de una manera tan completa y generosa, que sólo se quedaba con el recuerdo de lo que era en la presencia de su Dios y Señor.
10. José el santísimo José no podía menos que exclamar: ¿de dónde a mí tanta dicha, que Jesús y María estén conmigo y vivan bajo de mí mismo techo?, y ¿de dónde a mí tanta dicha que hayan venido a servirme y principalmente ahora en mi enfermedad?
11. José exclamaba: ¿de dónde a mí tanta dicha que el criador de cielos y tierra, conservador de cuanto existe y mi Redentor, no sólo haya venido a lavarme los pies, sino que me obedece, me consuela?
12. ¡Oh gloriosísimo y humildísimo san José!, concédenos la gracia de la verdadera humildad, para que humillándonos en este mundo logremos un día ser ensalzados en el cielo. ¡Qué a ninguno de los josefinos se le pase un solo día sin hacer un acto de humildad!
13. Piensa que el humildísimo José todos los días quiere darte una lección: y que en el día de hoy te dice: “humíllate devoto josefino pues sin la humildad no agradarás al Señor, ni tendrá paz tu alma, y caerás primero en defectos y después en pecados, como el desgraciado y malaventurado Lucifer, cuya caída fue el pecado de soberbia”.
14. El bienaventurado Juan Bautista de la Salle, fundador del célebre y santo Instituto de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, consagrados a la católica educación de la juventud, recomendaba con frecuencia a sus hijos, que tomaran en todo por modelo a san José, custodio de Jesús; y que en todos los días las letanías de san José.
15. San Juan Bautista de la Salle desde sus más tiernos años manifestó devoción especial a san José puso bajo de su amparo la Congregación que fundó, promovió sus glorias entre propios y extraños y dispuso que los suyos rezaran en sus residencias las letanías del santo y que sus fiestas se celebraran todos los años con esplendidez y con la mayor solemnidad, y ¿qué no deberemos hacer todos los josefinos a favor de san José que ha puesto todas las piedras de nuestro Instituto? Sólo José nos llamó, sólo José nos amamantó, sólo José nos ha conservado.
16. El Beato Juan de la Salle decía: confiadamente me prometo que san José pronto me sacará de la servidumbre del Egipto de este mundo, para introducirme en la tierra de promisión de la patria celestial, para lo que años hace trabajo. Trabajemos también nosotros para ir a gozar de Dios en el cielo.
17. Deseoso el B. la Salle de celebrar la santa Misa en el día de san José, le pidió dicha gracia con gran fervor, y por algunas horas cesaron los dolores, recobró de nuevo las fuerzas, celebró angelicalmente el santo Sacrificio de la Misa, hizo una plática fervorosa a sus hijos: milagro, exclamó, de san José a favor de nosotros. ¡No olvidemos jamás que sólo somos en la Iglesia de Dios a costa de milagros de san José, que los ha hecho en nuestro favor en mucha abundancia!

18. Es un privilegio de los devotos de san José el dormirse plácidamente en el sueño de los justos, y verse en la última hora más llenos de amor y confianza hacia el santísimo Patriarca; gracias especialísimas que san José concede a los suyos como protector de agonizantes; y gracias que le pedimos todos los días diciendo: *Ut cum Jesu et María in extremo vitae articulo nos invisere et praesto esse digneris. Te rogamus, audi nos.*<sup>1</sup>
19. Contempla a san José huyendo de noche a Egipto, por obediencia, y dile de corazón: Dame, obedientísimo José, obediencia pronta, ciega, universal y alegre para que viva y muera en un todo, como perfecto josefino, según la regla.
20. Obedientísimo José, dame la obediencia por la cual haga todo lo que Dios manda y no haga cosa alguna de las que Dios prohíbe; que cumpla con todas mis reglas, y que no falte a ninguna de ellas voluntariamente.
21. No hay.
22. Obedientísimo José, haz que obedezca a los mandamientos de Dios, a los consejos evangélicos, a las inspiraciones divinas y a los llamamientos de la gracia.
23. Ya que soy religioso y persona consagrada a Dios, dame la obediencia conforme mi santa regla, para que llegue a la perfecta obediencia, y obre todo lo que Dios me conceda, aconseje o inspire: no olvide que delante de Dios sólo está seguro el corazón obediente.
24. “Señor san José ilumina mi entendimiento con un rayo de aquella luz divina que hace obediente no sólo haciendo aquello que Dios manda, sino también haciendo lo que de algún modo se le indica por la obediencia, y por esto repite con frecuencia: *“Domine volo qui tu vis”*.”
25. La vida toda de san José fue la vida más perfecta de obediencia, porque pudo gloriarse que ni por una sola vez, hizo algo de su propio movimiento, sino que obraba en todo, la santísima voluntad de Dios, que le indicaba sus pensamientos, palabras y obras con Jesús y María.
26. San José, obró siempre con una perfectísima conformidad con la voluntad de Dios, caminando siempre con igual corazón por honra y por deshonra; por infamia y por buena fama; por salud y por enfermedad; por muerte y por vida; por riqueza o pobreza; por infierno o por cielo; porque jamás tuvo otro deseo sino que se cumpliese en él la divina voluntad; y para que tú lo imites, lee mucho tus santas reglas; lee mucho libros del Instituto, y lee con atención los documentos de tus mayores.
27. San José, enriquece de tal suerte a sus devotos, que cuando ve a almas generosas que desean seguirle en la práctica de la virtud, los dirige de modo que aspire a bajar la cabeza a cuanto ordenare Dios de ellos; y así llegan a tomar con igual corazón los azotes que los regalos, los favores o los desfavores de su mano, porque no miran lo que les da, sino el amor con que lo da; pues no con menor amor azota el padre a su hijo, que lo regala cuando ve que lo merece: imita a san José, que aún en el comer y beber no bebía ni comía para regalar su apetito; sino que siempre y en toda ocasión lo hacía para hacer la voluntad de María y de Jesús.

---

<sup>1</sup> Letanías de san José.

28. Por la conformidad que tenía san José, con la voluntad divina, ofreciéndole a Dios todas las cosas, ofreciéndosele a sí mismo, y ofreciéndole a Jesús y a su divina Madre, era perfectísimo; y aunque obedecer le causara un dolor infinito, sin embargo, José obedecía, aunque atendiendo a la hiel y vinagre de Jesús.
29. Si la obediencia es la hija legítima de la humildad, está claro que siendo José humiladísimo, fue también obedientísimo, pudiéndose afirmar de él, que alcanzó toda victoria del mundo, demonio y carne, y que quiere especialmente para sus devotos, el que sean obedientes, para que de este modo logren con toda verdad la eterna victoria del cielo, y ser coronado en él eternamente.
30. ¡Cuántas victorias no cantó san José, del mundo a quien siempre despreció, y de sí mismo a quien siempre sujetó su voluntad prontamente a la voluntad de Dios! Saca por lo menos la práctica de tener siempre los ojos bajos durante la comida, y el corazón levantado hacía Dios.

1. La virtud de la obediencia fue la más querida del corazón del santo, queriendo que se cumpliera en él, que fuese obediente; obediente hasta la muerte, y obediente hasta la muerte de cruz; porque fue cruz pesadísima en san José, la muerte que lo separó de Jesús y de María. Procura por lo menos alguna mortificación siempre que comas, y no te olvides de dejar algo para tu ángel.
2. Quiere por humildad dejar a María su esposa, ocultamente, para no tener que darla a conocer a los sacerdotes del templo como la Madre del Mesías prometido: mas un ángel le dice que no tema, que siga viviendo con ella como que es su verdadero esposo; y José depone su temor; su humildad se fortalece con la obediencia y obedece al precepto del ángel que todo lo arregla; atiende por tanto, al cumplimiento de tus obligaciones, para que cumplas bien tu oficio.
3. Le mandó el Señor por un ángel, que tome al niño recién nacido y a la Madre, joven, tierna y delicada; y salga de Judea, y vaya de noche con precipitada fuga a Egipto, y que se mantenga allí desterrado hasta nueva orden; y José obedece prontamente, ciegamente sin quejarse, sin murmurar, sin replicar. ¡Qué heroína! ¡Qué grandeza de alma, que perfectísima obediencia! Imita a san José, que fue el modelo acabado de silencio, puesto que obedeció en todo, sin admitir queja alguna.
4. Manda el ángel a san José, que vuelva a su patria y habite en Nazaret, y José obedece prontamente. ¡Qué heroísmo, qué grandeza de alma, qué perfectísima obediencia! El ángel le habla en sueños y esto le basta al humildísimo y obedientísimo José: ármate tú también de paciencia para que sepas cumplir tu oficio, aunque algunos te murmuren.
5. Le ordena el eterno Padre, al confiarle el cuidado de su hijo Jesucristo, y al nombrarle su sustituto en la tierra, que mande a su Hijo como Padre, y José obedece con la obediencia más difícil, para el corazón humildísimo del santo: y san José, cumple esta obediencia, mandando a Jesús, por espacio de treinta años que vivió en su compañía: obedece tú también, no olvidando jamás que es imposible agradar a Dios y a los hombres.
6. Dispone el Señor, que el santo practique la más heroica obediencia, disponiendo que deje el trato y conversación familiar que por treinta años había gozado con Jesús y María; y José obedece, se va al Limbo, y está allí esperando la resurrección de Cristo: hasta este grado estuvo José, en un todo deseoso de que se cumpliera en él, la

voluntad de Dios. Tratándose de la obediencia, toma por máxima dejar decir, para que te dejen obedecer.

7. Obedece san José no sólo lo mandado, sino lo que es puro consejo, y a un lo que se le indicaba; y como siervo bueno y fiel, conforma sus pensamientos y deseos a los que quiere el Señor y durante su vida mortal, lo mismo acepta sus dolores que sus gozos. Toma por máxima dejar decir para que te dejen hacer según Dios, para que no tengas otros deseos que hacer la voluntad divina.
8. San José obedece aun en lo más difícil, y por todas las veces que así lo disponga la santa voluntad de Dios: y como josefino que eres tú, obedece prontamente, ciegamente, totalmente; y debe bastarte saber que es voluntad de Dios, lo que tú haces; y esta reflexión te hará fácil la más difícil obediencia.
9. ¡Oh santo mío, señor san José!, por aquella tu obediencia siempre heroica y del todo más perfecta en todo tiempo y en toda condición hazme obediente pero obediente de tal suerte que primero sea agradar a Dios, que nadie; primero perder todo el mundo antes que descontentar a Dios, desobedeciendo a los superiores y para práctica de esta obediencia, vístete siempre y precisamente según la regla, sin permitirte algo de lujo, para no faltar a la santa pobreza.
10. José por aquel su paternal cuidado que tuvo del Hijo de Dios, principalmente en su amantísima infancia se ha tomado el cargo de velar en la guarda de los niños, principalmente pequeñuelos: pídele que seas tú grande en todos los negocios de tu vida como el más pequeño del Instituto.
11. Considera a san José, creyendo el gran misterio de la encarnación del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de María santísima; y considéralo creyéndose el varón justo para ser dignísimo esposo de María y padre virginal de Jesús, ¿por qué? Porque así Dios lo quiso. Créete tú también siendo verdadero religioso, y corresponde como él a tu santa vocación.
12. San José es el santo de la fe, y es por antonomasia aquel justo que pesaba, hablaba, obraba y vivía de la fe; que el santo comunique a sus devotos esa virtud sobrenatural, que nos inclina a creer lo que Dios ha revelado a la Iglesia, nos propone como cosa de fe. Práctica tú también la fe, usando tu vestido pobre, modesto, aseado y común, y guardando tus sentidos con modestia y sin hipocresía, y sea todo conforme las Constituciones.
13. La vida del santo Patriarca, fue de la más viva fe, fe que practicó desde el momento de su existencia hasta su muerte; por esto a sus devotos les comunica la fe que es con toda verdad principio de la salud del hombre, la raíz y fundamento de toda justificación: y corresponde a esta fe llevando tu cabeza derecha y sin afectación, con tus manos compuestas y andando con gravedad religiosa.
14. Cuando el romano Pontífice Pío IX puso a toda la Iglesia bajo el patrocinio de san José, éste quedó encargado de dar a sus devotos la fe que comunica vida sobrenatural a todas las demás virtudes, porque sin ella el alma no participa de la vida de las gracias, ya que es imposible agradar a Dios y salvarse, si ante todo el alma no tiene la fe como

virtud sobrenatural que nos inclina a creer todo lo que Dios ha revelado y la Iglesia nos propone como de fe.

15. Pío IX dijo a todos los fieles, *id a José*; porque en aquel momento que acababa de definirse la infalibilidad del romano Pontífice, debía al santísimo Patriarca propagar verdad tan consoladora infundiendo brillantes luces a todos los que le invocaren, y con ellas viesan en la fe la raíz de la vida sobrenatural, y viesan igualmente que ella es su alimento, su progreso, su perfección. Se tu también hombre de fe; tu cuerpo esté moderadamente inclinado con modesta humildad, e imita de una vez la venerable gravedad de san José.
16. Tanto es el poder de san José a favor de la santa Iglesia, que envía a sus devotos que le invocan la luz que ilustra sus obras, nos hace ver la verdad de las cosas, nos prepara para el claro día de la eternidad, y hace que podemos ver a Dios cara a cara: esta conducta es la perfección de tus reglas como miembro del Instituto josefino.
17. La fe de san José fue la más pura sin mezcla de error, fue la más íntegra sin deficiencia en ninguna de sus virtudes; fue la más universal que se extendió a todo lo que la Iglesia nos enseña; fue la más firme que jamás le permitió en lo más mínimo la más pequeña violación. ¡Cuán grande fue siempre la fe de san José! Procura tú también la perfección religiosa, que consiste en las obras ordinarias hechas con extraordinario cuidado por el principio de fe.
18. La fe de san José fue secundada de toda virtud, y creyó con una fe tan viva que sólo la virgen María lo pudo aventajar en ella: principalmente en los grandes misterios de la Encarnación del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de María santísima, por obra del Espíritu Santo. Sírvate la fe prácticamente, para procurar como José, la imitación de María y de Jesús.
19. José, al Mesías prometido, que los carnales judíos lo esperaban como un gran Rey y conquistador, lo ve recién nacido en un establo en medio de dos animales, lo cree y lo adora como Dios: en fuerza de esta misma fe, procura no perder a Dios de vista, y atender al cumplimiento del deber.
20. José contempla al divino Niño dormidito en sus brazos; calladito, aunque sujeto a todas las miserias humanas; y lo contempla creciendo en edad, gracia y virtud, sujeto a sus órdenes trabajando en Nazaret, ganando el sustento con el sudor de su rostro; pero con su fe vivísima lo cree Dios, y como Dios lo adora: así adóralo tu también en las distribuciones ordinarias del rezo, misa y oración.
21. Quien pudiese referir los actos continuados de fe del santísimo Patriarca, cuya vida fue verdaderamente vida de fe, y una actuación continua de ella con la presencia corporal de Jesús Hijo de Dios, y de María Madre de Dios. Sea así toda tu vida un continuo acto de fe en las distribuciones, como rezo, misa, oración, rosario, lecturas y demás ejercicios espirituales, porque su práctica es la perfección más subida.
22. San José, versado en las Sagradas Escrituras, hacía una actuación la más cierta y cumplida de los hechos admirables de Jesús, porque veía y creía en el gallardo joven de su taller o en el tierno niño de Belén, a la persona del Verbo hecho hombre; y veía los tiempos de su fe al través de los siglos creyendo que un judío, la persona más

abyecta a los ojos de los hombres de aquellos tiempos, con todo creía que había de morir en cruz, en medio de dos malhechores; y atraer así a toda la humanidad después de haber destruido a los ídolos y acabado, con el paganismo, y lo que es más poner en su lugar a la santa Iglesia católica, que él había de fundar por medio del trabajo de sus apóstoles, y que él había de ser su protector.

23. Considera a san José que en fuerza de su fe, veía al cumplimiento de todas las promesas de los libros santos; y veía a millones de millones de hombres y mujeres de toda edad y condición, que no sólo adorarían como a Dios, a su hijo el carpintero, sino que derramarían gustosos su sangre y despreciarían los halagos por creerle Dios, por confesar su fe en él, y por protestarle su amor. ¡Oh admirable fe de san José! En fuerza de tu fe acostúmbrate a hacer caso de cosas pequeñas para que no caigas en pecado mortal, y ni venial hacho a sabiendas.
24. ¡Oh fe santa la de san José!, ¡oh fe poderosa que iluminó con sus admirables destellos toda su vida prodigiosa! Pidámosle a san José que, como gran protector de nosotros los miembros de ambos Institutos Josefinos, nos comunique una fe viva, sencilla, pura, íntegra y que nos comunique la fortaleza de obrar según los principios de la fe, principalmente, acostumbrándonos a hacer caso de cosa pequeñas para que voluntariamente nunca hagamos un pecado.
25. ¡Oh José, poderoso protector de la Iglesia universal!, sé para nosotros un modelo perfectísimo de verdaderos creyentes, iluminando da tal suerte nuestro entendimiento, que de hecho estemos dispuestos a perderlo todo aún la misma vida, antes que aventurar joya de todo valor que es la fe, cuyas luces nos enseñarán el gran mérito de la perfección religiosa que llega a hacer siempre y en todo lo mejor.
26. Viva, viva san José por su vivísima fe y que viva en los corazones de ambas familias josefinas; y viva de modo que siempre haya entre los josefinos quienes procuren hacer lo mejor con su cuerpo y sentidos.
27. San José en sólo la pérdida de Jesús, padeció en aquellos tres días tanto dolor, que superó a todos los dolores que padecieron todos los mártires juntos. Que san José me alcance que repita siete veces al día: creo en Dios; espero en Dios; amo a Dios; pésame en el alma de haber ofendido a mi Dios; y que desde ahora me abrace con el dolor de mis pecados hasta derramar mi sangre: y trabajar lo más posible para extender tu devoción por todo el mundo.
28. Contempla a san José, esperando contra toda **esperanza** en Belén, en Egipto, en Nazaret; y pídele poder exclamar un día; en ti oh José he esperado, y espero no seré confundido. ¡Oh, quién así se entregara a san José! Verdaderamente que pronto se haría un santo. Felices los miembros de ambas familias josefinas, que así esperaren en su Padre san José.
29. Nadie espero como san José y su vida fue una actuación de actos de esperanza, esperando como decirse suele, contra la misma esperanza: hasta este grado poseía el santo esta virtud sobrenatural, que nos inclina a esperar la bienaventuranza eterna y los medios para alcanzarla. Espera tú perseverar en el servicio de Dios, mediante la santa oración a la que te convidan tus sagradas Constituciones.

30. San José poseía tan perfectamente la virtud de la esperanza, que apoyado en la fidelidad de Dios principalmente, nunca hubo contra ella ni el más ligero desliz; y acostumbrado a esperar contra la misma esperanza, se servía de la oración, como alma y raíz de la más sólida virtud.
31. José con la esperanza, siempre era paciente en sus trabajos; y poseyó de la manera más completa esa divina esperanza, que es uno de los grandes tesoros de la vida y su principal patrimonio; por esto siempre los verdaderos josefinos llegarán con su esperanza al puerto seguro de la salvación, porque por sus reglas vivirán con la debida pureza de corazón y de alma.



1. Entre todos los santos nadie como san José fue socorrido en sus tribulaciones, defendiendo en sus peligros, consolado en sus dolores, ayudado en sus enfermedades, protegido en sus necesidades; y por esto cuando esperaba otro tanto alcanzaba; por haber estado siempre fijo en el cumplimiento de la santísima voluntad de Dios: hagámoslo también nosotros y seremos consolados.
2. José oraba siempre como digno esposo de María y padre virginal de Jesús; y su esperanza era tanto más subida, cuanto tenía por objeto dar a la Sagrada Familia cuanto necesitaba, y como las ondas del mar no desmayan a los marineros, así José resistía valeroso las tempestades del mundo, demonio y carne: ama, teme, humíllate, resígnate, y serás poderosos como señor san José.
3. La esperanza que residía en san José, en medio de tantas tribulaciones, angustias y dolores le servían de escudo en la mar de la tribulación, a la que le sumergía la Providencia Divina: preséntate a Dios con fe viva, y pídele con toda confianza la conformidad con la voluntad divina.
4. Pidámosle a san José, que por su misma esperanza tan cumplida, que resistamos a la lluvia de las tempestades que a cada paso nos amenazan, y veamos en la esperanza nuestro pan en tiempo de hambre donde acudamos como pobres y necesitados a pedir socorro. ¡señor san José, socórrenos, socórrenos en vida y en muerte!
5. La esperanza de san José fue contra toda esperanza; pues esperó que sería esposo de la Madre de Dios; y por su esperanza no quedó confundido, y vio patentizados los grandes misterios de la Encarnación del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de María. Cuando tu alma más seca e inconsolable esté, ora, humíllate y espera como el santo, aún rodeado de desconsuelos y grandísimos trabajos.
6. José abandonado de todos en Belén espera en el Señor, y éste le depara el único lugar donde debía nacer el Mesías prometido y allí había de verlo adorado de los ángeles, de los pastores y de los reyes, pues guiados por la estrella le ofrecieron sus dones. Sigue tú también el camino de la oración y de la humildad, y harás la oración dispuesta por la Constitución que te la manda.
7. José a la voz del ángel siendo de noche se levanta, y confiando en el Señor huye fugitivo a Egipto en un viaje de más de setenta lenguas por desiertos y sin provisión; por su esperanza en el Señor no fue confundido. Así tampoco serás tú confundido,

amando la oración vocal y las oraciones de la Comunidad, porque jamás ha confundido Dios al que humilde le pide mercedes.

8. José esperaba lo mismo que creía, esto es, que Cristo reinaría en el mundo, que sería adorado por pueblos y Reyes de uno a otro polo; que millones de mártires sellarían su fe con su sangre; y que por fin, Rey inmortal y de todos los siglos, recibiría los homenajes de todos los cielos, de la tierra y de todo lugar con todas sus criaturas. Jamás te olvides del respeto y reverencia que has de tener de tan alta Majestad.
9. Oh José, tú poseíste la esperanza en el mayor grado; y de esta virtud tendrán hijos de tus hijos grande espíritu y de corazón magnánimo, y de ella te servirás aún hoy día para consolar y derramar tus gracias a nuestro corazón, para que obremos lo bueno ante el Señor.
10. La vida de san José, sembrada de dolores y gozos, no es otra cosa que la demostración de los frutos de la esperanza que tuvo en Dios, sin haber sido ni por un sólo momento confundido. Sé hombre de oración; pero ten por ociosa la oración que no anima la confianza en Dios.
11. San José esperó en su vida y esperó en su muerte, contra toda esperanza, y por ella vio a su Hijo resucitado, que triunfante lo subió a los cielos en cuerpo y alma glorioso, allí reinará eternamente.
12. Piensa que la esperanza es la única virtud que en determinadas circunstancias queda sola en el corazón humano y así le sucedió a san José en reiteradas ocasiones. ¡Bendito santo! ¡Bendita recompensa! Alcánzanos santo glorioso que sepamos imitarte en la práctica de tan necesaria y consoladora virtud, y así no seremos confundidos.
13. Oh señor san José, por tu esperanza santísima ilumina, enfervoriza y despierta nuestras almas dormidas con el gusto de los charquillos turbios y hediondos de las criaturas. ¡señor san José, danos a gustar la felicidad que está guardada para los que esperan en ti, a pesar de las mayores dificultades. ¡Para conservarme amaré mucho a mis rezos, a mis oraciones, a mis devociones particulares, y en especial las de las Constituciones que me obligan!
14. Esperaré a ejemplo de san José, y por su intercesión socorro en mis penas, trabajos y aflicciones del espíritu; trabajaré con toda mi confianza para convencerme que se alcanza de Dios cuanto se espera de él, amando a este fin mucho a la capilla y a todo objeto de devoción y piedad.
15. Contempla a san José en el taller de Nazaret, sudando y trabajando por amor a Jesús y María. Dame santo mío la perfecta caridad que es la reina y madre de todas las virtudes, y la que les da vida y mérito para la eternidad; y dame amor al estudio, al trabajo, y al rezo del oficio divino que debe ante todo ocupar el primer lugar.
16. Fue san José el que en este mundo más amó a Dios; por esto fue de Dios el más amado en la tierra, y ahora es el más glorificado en el cielo, porque el premio se da a la caridad: y quien tenga grande caridad, grande es: y porque el santo José fue el de mayor caridad, por esto es ahora el más honrado, y está sentado a la izquierda de Jesús.

17. Hazme, glorioso y amantísimo José, que comprenda de una vez, que ni la fe, ni la esperanza, ni todo el cortejo de las virtudes religiosas y morales aprovechan para el cielo, si no están informadas por la caridad; por esto, así como es grande en el cielo el que tiene grande caridad, es pequeño al que la tiene pequeña; así quien no la tiene nada es.
18. San José fue el varón privilegiado que amó a Jesús y a María, con todo su corazón, con toda su alma, entendimiento y voluntad; por esto volaba de continuo y sin cesar por el camino de la más elevada perfección, ya que en la caridad está la plenitud de la ley. Para que algo logres de esta caridad, reza tus oraciones despacio, clara y atentamente en el exterior, y reza con devoción y reverencia.
19. San José amó a Dios sobre todo amor; ya que el mejor modo de amar a Dios es amarlo sin modo, amarlo sin medida; porque de hecho lo amaba siempre según la medida de la gracia que había recibido; y se le veía amar a Dios con todo su corazón y con toda su alma; por esto Jesús y María lo vieron siempre siendo su amante perfectísimo, y tan conforme con el caudal de gracia recibida, que no se separó ni en un ápice siquiera.
20. A san José se le infundían todos los días nuevos descubrimientos del infinito amor a Dios, por esto lo amaba más cada día con amor de complacencia porque lo contemplaba infinitamente perfecto, y se veía lleno de nuevas bendiciones en cada instante. Por esto reza tú con afecto elevado y acompañado de temor y amor filial.
21. El amor de san José para con Dios era tan grande, que lo amaba con amor de benevolencia, procurándole su mayor honra y gloria, porque Dios exige de sus criaturas racionales esta gloria y esta honra exterior; y para que tú en algo te acerques a él, haz tus oraciones como quien habla con Dios, con sus santos y vives entre los ángeles.
22. El amor que san José tenía a Dios, era tan privilegiado que todos los días iba en aumento; y todos los días lo amaba con más perfección y con todos los afectos de su purísimo corazón: así era su amor cabal y perfecto. De hoy en adelante reza siempre que puedas en comunidad, y participarás del grandísimo mérito que esto encierra, creciendo en ti el divino amor porque rezarás con más perfección.
23. Nadie tuvo mejor los motivos y raíces del amor de Dios como nuestro gran padre señor san José, porque sólo san José fue su ayo, padrino, tutor, dueño, amo de leche, padre virginal y padre de tan buenas obras para con Jesucristo Hijo de Dios como san José, ni lo ha habido ni lo habrá, porque sólo de san José fue Jesús su cliente, su ahijado, su pupilo, su familiar y su Padre elegido. ¡Nadie como san José!
24. San José llegó a lo sumo del amor de Dios, por su trato y su comunicación particular y casera con Jesús y María, por el espacio de treinta años; y por los besos, abrazos, regalos y caricias del niño Dios, que reproducían tales incendios de caridad en su corazón puro, sencillo y amoroso que no se puede explicar... Nadie, nadie como san José fue el amante de Jesús.
25. El amor de Dios que tuvo san José fue sumo, t no puede imaginarse otra cosa con sólo pensar las veces que el santo pondría su boca sobre el pecho de Cristo, y oiría los latidos de su divino corazón, y se sentía abrasado y derretido en aquel volcán de

infinito amor. ¡Cuántas veces le parecía oír aquel corazón deífico, y aun verlo saltar y dar vuelcos dentro del pecho, con deseos de romperse para meter dentro de sí a todos los hijos de Adán

26. El amor a Dios de san José fue sumo, porque Jesús lo abrazaba cuando niño, ya mayorcito, y aun en todo tiempo; y Jesús lo saludaba, lo llamaba amorosamente Padre, y se colgaba de su cuello. Entonces sentía José que Jesús le mostraba el más tierno amor, así como que le infundía inmensa gracia en continuados momentos de ella.
27. Tengo por cierto que después del abrazo infinito entre el eterno Padre y el Hijo, del cual procede el infinito amor del Espíritu Santo, sobre todos los otros principios de amor, ninguno hubo más eficaz que los abrazos amorosos que Jesús daba a María y a José.
28. Como por el abrazo del Hijo divino con el eterno Padre, procedió el amor infinito, que es el Espíritu Santo, así del abrazo de Jesús a su madre y padre temporales, procedió amor inaccesible y soberano, siendo con toda verdad el mejor que cabe en puras criaturas.
29. En el amor de los padres a los hijos, el amor natural entibiase con el amor divino; más en el amor de san José con su hijo Jesús, no hay división, ni cosa alguna que ponga límite; no se entremete escrúpulo ni temor, porque todo se acerca a un mismo objeto: amor natural y divino; amor de hijo y de Dios; y como arden los apetitos naturales y la voluntad, con fuego de un mismo amor, por esto el amor de José a Dios en el mayor.
30. Le daba el buen san José, al volver de su trabajo al niño Jesús, manzanas, nueces y otras cosas que apetecen los niños: y así como los niños suelen ser tan generosos que a quien les da una manzanita le alargan la joya que tienen en la mano aunque valga un reino, así Jesús le alcanzaba a san José los incendios más abrasadores de amor.

1. Hemos de concluir el amor subidísimo de san José, por la correspondencia con su hijo Jesús: porque si José le decía regaladísimas palabras de amor, Cristo le correspondía con otras mayores. Sé por tanto amante de la oración, y cumplirás los deberes que te imponen el divino amor.
2. Ninguno de los hombres nacidos fue más semejante a Cristo que san José, así en hermosura exterior como en costumbres y condiciones, y en haber padecido trabajos por Jesús: luego san José tuvo la mayor semejanza con Jesús en el amor. Sé tú también amante de la oración, y adquirirás la práctica de la verdadera caridad.
3. Le dio a san José el eterno Padre a quien representaba en la tierra un corazón de padre que era el más hermoso entre los hijos de los hombres, y esto era motivo sobrehumano, que encendía y aquilataba más y más el amor de san José a su Dios. ¿Quién no admira y envidia tan solemne amor? Hagamos un esfuerzo para hacer todos los días algunos actos de amor a Dios.
4. Pidámosle a san José una centella del volcán de su inmenso amor, para cumplir con toda ley, y tratemos de obrar de tal suerte, que por medio de una jaculatoria le pidamos diariamente gracia tan exquisita, y entonces seremos felices en esta y en la otra vida. ¡Oh, si algo amáramos de la manera con que amaba san José a Jesús su Hijo y su Dios!
5. Miremos en san José no sólo el amor a Dios, sino también el amor al prójimo; y si es una misma la caridad con que amaba a Dios, que aquella con que amaba al prójimo, claro está que era como inmenso su amor al prójimo, como lo era su amor a Dios. ¡Oh si de él aprendiéramos a amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos por amor a Dios!
6. Como amar al prójimo es aconsejarle bien, san José era el pacificador en todas las contiendas, a todos daba consejo de paz, enseñándote a ti como debes obrar como miembro del Instituto de san José.
7. Amar al prójimo es socorrerle; y mira a san José como le da aún de lo que él tenía por necesario, y nadie se vuelve de su casa sin una limosnita, al menos de su palabra, que llevaba consigo una partecita de la felicidad que le infundía tan gran santo.
8. Ama al prójimo, a fuer de josefino, porque no hallarás otro santo que más haya sufrido que san José por el prójimo; y a pesar de tantos sufrimientos el santo siempre los

trataba a todos con la mayor paciencia y mansedumbre, como criaturas que eran de Dios.

9. Amar al prójimo es perdonarle, y el santísimo Patriarca que al ver los desprecios que recibía Jesús y María, se veía angustiado hasta lo sumo, y con todo lo disimulaba, oraba por ellos, siempre les deseaba el mejor bien, y aun quedaba contento en medio de la lluvia de tanto desprecio como en determinadas circunstancias recibía aún él mismo.
10. Amar al prójimo es edificarle, y mira a José edificando a todos con sus palabras, con sus obras, y de un modo más directo con sus ejemplos. Mira al carpintero de Nazaret, siendo el modelo de todas las virtudes, y como las gentes acudían en tropel a verle trabajar con su niño Jesús para admirar su modestia, su humildad, su mansedumbre y su caridad.
11. José mostraba su amor al prójimo enseñándole; y le explicaba a los pastores, a los magos, a los reyes y demás gente sencilla con quienes trataba las bondades de Jesús y de su Madre, haciéndoles entender la divinidad del Hijo y la llegada del Mesías prometido, y que lo viesen en aquel niño que tan admirablemente les mostraba.
12. José para manifestarle su amor al prójimo, mató una ternera en Belén para darla a los pobrecitos en el día del natalicio de su hijo Jesús; porque san José era acomodado y sólo los reveses de los acontecimientos lo ponían en circunstancias dadas a sufrir el rigor de la miseria, verificándose que siendo rico se encontraba pobre y necesitado.
13. Refiere san Vicente Ferrer, que un devoto de la Sagrada Familia en su tránsito glorioso quedó tan consolado, que unos josefinos que rogaban por él, les dijo: “en el momento de mi tránsito vi a Jesús, María y José, y vi que me dijeron: Puesto que durante tu vida nos recibiste a los tres en tu casa en las personas de tres pobres, hoy los tres venimos para recibirte y llevar tu alma al cielo”.
14. San José puede y debe socorrer a sus devotos en toda necesidad; por esto cuando uno lo invoca, contesta con amor diciéndole: “yo soy José, y por tu salud Dios me envía a tu socorro” Qué consuelo no puede esperar un miembro del Instituto josefino, que tanto honra al santo.
15. San José quiere socorrernos en toda necesidad, porque el eterno Padre le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra al constituirlo Padre virginal de Jesús su Hijo Divino y constituido también esposo verdadero de María.
16. El poderoso san José quiere que le pidamos que nos socorra en vida y en la hora de la muerte, para llenarnos de sus beneficios, por aquella cierta jurisdicción sobre Jesús y María en aquellos treinta años que le estuvieron sujetos: y así como san José nada les negó en la tierra, así ahora nada le niegan en el cielo: así es poderoso el patrocinio de san José sobre todos y sobre cada uno.
17. Las súplicas de José tienen para el agradecido corazón de María y de Jesús, fuerza de mandatos, y todos quedan plenamente despachadas, y por tanto es él el que consuela a todos sus devotos con tanto mayor afecto cuanto que su liberalidad es más conocida y completa.

18. Como san José aventaja en gracia y gloria a todos los ángeles y santos; Él está sentado a la derecha de su virginal esposa, por esto debe ser honrado con el mayor culto que puede darse a un compresor Virgen y confesor, Profeta y Patriarca, mártir por sus dolores, y embajador de la Iglesia y de la Sinagoga: así debemos honrar a san José. Debemos darle todo honor, toda gloria, toda alabanza y toda bendición por los siglos de los siglos.
19. San José es único santo que llevaba en sus manos la antigua ley y el Evangelio; y como encargado de los deberes del universo para con su Dios, ofrecía al Rey inmortal de todos los siglos los homenajes de afecto y adoración de todos los hombres y de todos los tiempos. ¡Qué grande es señor san José, qué excelso, qué extraordinario!
20. Oh, que gran santo es san José, superior a los mismos ángeles, ocupó en la tierra el lugar de Dios Padre por ser Padre virginal de Jesús; el lugar de Dios Espíritu Santo como esposo de María y el de Dios Hijo, porque todas las leyes reputan al Hijo una misma cosa con su Padre. ¿Quién no tendrá toda confianza en san José? De corazón y de alma encomendémonos siempre y diariamente a san José.
21. El amor a los hombres en el corazón de los santos, es en proporción de la que tienen a Dios y como nadie amó a Dios como san José; así nadie ama a los hombres como san José: y como san José amó más a Dios que todos los hombres juntos, así san José nos ama más que todos nosotros juntos podríamos amarle por los siglos de los siglos. Sí: somos en verdad los amados de san José.
22. El amor a san José nos tiene, está en proporción con lo que por Jesús padeció de congojas, de vigiliias, de privaciones y de trabajos; y con todo ese amor nos ama san José; por esto la santa Iglesia, en medio de las cien y cien tribulaciones que nos rodean, nos dice: “Id a José”; y nosotros llenos de fe acudimos a san José con la mayor confianza.
23. Cuando estamos más afligidos, y al parecer todo está perdido, entonces es cuando el santísimo patriarca, para alentar a los pusilánimes les dice: “Yo soy José, alma devota: ánimo más: yo soy José, no temas cobra ánimo y ten confianza”; porque tanto poder, tanta grandeza todo estará entregado a ti. Pobrecillos pecadores, “Id a José” les dice la santa Iglesia.
24. Yo soy José, nada temas: yo bendeciré de tal suerte tus diversos deseos, que yo seré tu guía; y si estás temeroso, yo seré tu fortaleza; y si gimes yo te consolaré; y como guardián de los tesoros del cielo yo seré el dispensador de tanta gracia, el ángel de tu consuelo, tu vicerente, y como otro Dios sobre la tierra te bendeciré en todo.
25. No, no desmayes pecador, invócame con confianza, porque soy José que puedo y quiero salvarte en todas tus necesidades; y quiero aún llenarte de tantos y tales beneficios que seas feliz por toda la eternidad.
26. La dignidad altísima de san José y su gran poder, no se las ha dado el Señor para su propio provecho, sino para que los emplee para nuestra salvación; y en nuestros días para los miembros de ambas Familias Josefinas, para que sean en la Iglesia de Dios, conforme a las reglas que la Iglesia nos ha dado.

27. Por nuestra salud y por todo el pueblo cristiano, constituyó Dios a san José príncipe de todo su reino, y señor de todos sus tesoros, y como el padre y proveedor común de todos los fieles.
28. El eterno Padre al elegir a san José para hacer sus veces con su Divino Hijo, quiso que fuese asimismo Padre de los hermanos adoptivos de Jesús ¿y cuánto más lo será de los miembros de ambas familias, que de hecho innumerables veces al día lo llaman su Padre? Trabajemos para que por nuestro medio toda criatura bendiga y alabe a san José.
29. Como san José por razón de su oficio estaba obligado a cuidar del Hijo unigénito de Dios Padre; así lo está también ahora a adoptar por hijos a todos nosotros, y a llenarnos de las gracias de las que tenemos tanta necesidad, como miembros que somos de su sagrado Instituto.
30. En el corazón de san José, arde de tal suerte la caridad de su Hijo Jesús, que no puede desoír las súplicas de cuantos lo invocan y todos sus recuerdos obligan suavemente al santo a socorrernos.
31. Poderosos y bondadoso san José, ya que estás tan delicadamente obligado a alcanzar de Jesús y María cuanto necesito, ten compasión de mí: has que te conozca para que te ame, y has que te ame tanto que desde este día trabaje para que seas honrado y glorificado por todas las personas, y de un modo más especial por todos los miembros de ambos Institutos consagrados a san José.

1. La venerable sor Ana de san Agustín tuvo la felicidad de ser visitada al momento de su muerte por san José acompañado de otros santos: las religiosas que la asistían tuvieron también alguna parte en este favor y la consideraron conducida en triunfo a los eternos tabernáculos de la gloria. Que así nos consuele san José en nuestro último momento.
2. De hoy en adelante en todo peligro y en toda necesidad acudiré enseguida al patrocinio de san José; pidiéndole desde ahora muchas veces al día que me asista y me valga en vida y en la hora de la muerte; así son felices los devotos de san José.
3. Mira a san José fugitivo a Egipto con el niño Jesús cubierto con su pobrecita capa; y míralo poderoso guardador de la tierna infancia, para librarla de todo mal y peligro en cuerpo y alma.
4. San José es el gran protector de la santa infancia entre los cristianos infundiendo a los padres y madres que no sean desnaturalizados, ya que el hombre en la edad de la infancia es de peor condición que muchas bestias, y sin el socorro de una mano caritativa la mayor parte de la niñez desaparecería. ¡Oh gloria la de san José!
5. San José es el poderoso protector de la santa infancia, aun en la China y en otros países en donde tantos miles de infantes perecen todos los días comidos por los perros o cerdos, ahogados o muertos violentamente. ¿A quién acudir para salvar a tantos niños? A san José; y de hecho todos los años se salvan millares que se bautizan en su agonía, y si viven son instruidos y educados por religiosas en colegios católicos.
6. Es verdad innegable que la hemos visto confirmada en cien y cien hechos de la mayor trascendencia que san José protege a los niños que le son confiados, y, como consagrados a él, los beneficia, como protegió a la infancia del niño Dios. Tomemos la resolución de confiarle los niños y niñas de nuestras escuelas y colegios.
7. Si el niño Jesús, a pesar de ser Hijo de Dios, aparece rodeado de todas las miserias y debilidades de un tierno infante, menos el pecado, señor san José es su proveedor, su ayo, su protector y el conductor más fiel que lo conducirá con la mayor seguridad.
8. San José aparece siempre como el ángel tutelar y padre amorosísimo del infante Jesús, le busca abrigo en Belén; y al verle repelido por aquellos duros habitantes, búscale una cuevecita y allí le adora, le calienta, le acalla y le protege de las inclemencias del

tiempo. ¡Tan solícito es José! Así nos cuida a nosotros de manera tan solícita como miembros afortunados de su Instituto.

9. Un rey inhumano y cruel trataba de darle muerte al infante Jesús, enviando satélites por todas partes y matando a miles de infantes; mas san José salva al Salvador del mundo con su precipitada fuga a Egipto. Así nos salvará a todos nosotros a pesar del mundo, demonio y carne.
10. San José, huyendo a Egipto con el niño Jesús, lo toma en sus brazos, lo envuelve con su manto; y en aquel tan largo y penoso viaje lo guarece contra las inclemencias del tiempo, lo estrecha contra su pecho para calentarlo, le da de comer, lo mece, lo acaricia, la regala. ¡Así se porta con la niñez que le es confiada!
11. La providencia del eterno Padre era san José para con su Hijo Jesús en este mundo, y como tal, cuidábale amoroso, protegíale cuidadoso y proveíale de todo lo que había menester.
12. El infante Jesús en brazos de san José, lo tenía ya todo; nada temía, de nada cuidaba; y Jesús como que le decía: nada hago como Dios en mi favor; porque a ti me ha confiado mi Padre celestial y tú serás mi ayuda y mi sostén durante mi infancia. ¡Qué lo sea también de todos nosotros! Amén.
13. Madres de familia, pongan a sus hijos bajo la protección de san José, y los verán crecer en edad, gracia, virtud y sabiduría como Jesús.
14. Oh san José, protector de la infancia, que libertaste a Jesús de las celadas y persecuciones de Herodes, que quería darle muerte; libra a la infancia desvalida de las acechanzas del Herodes infernal que quiere matar sus almas, robarle su inocencia y su gracia, para que, libres de sus garras, alcancen la salvación eterna.
15. Glorioso san José, ayo y pedagogo del niño Jesús, guarda la infancia y niñez cristianas en el santo amor y temor de Dios, a cuyo fin trabaje yo lo más posible para procurar la fundación de escuelas católicas en las que se eduque cristianamente a la niñez cristiana; y todos y cada uno de los niños y niñas sean sus devotos, y trabajen en extender sus glorias, tanto, tanto, que de hecho se gloríen en ser los amantes de ti, José amabilísimo.
16. Contempla a san José joven, gallardo, casto, puro, santo, trabajando y ganándose el pan honradamente con el sudor de su rostro y contemplémosle deseando ser imitado en su santa juventud.
17. Se deslizaban tranquilos los días de José ocupado en las faenas de modesto carpintero; y aunque descendiente de David y con derecho al trono, que un usurpador poseía, no se valió de la intriga ni de ninguna mala arma para recuperarlo; adoraba si la bondad y la Providencia Divina, en cuya mano paternal descubría los sucesos de la vida y vivía tranquilo en su humilde posición
18. Aunque José como heredero de Jacob, no tenía la miseria en su casa, sino que vivía acomodado por los bienes de fortuna que poseía, con todo José trabajaba, ganaba el pan con el sudor de su rostro, compartía el tiempo con la oración y el trabajo, y era muy afecto a las obras de caridad para con el prójimo, e iba entrando en aquella

comodidad relativa, que debía procurarse para lo sucesivo, ya que debía desposarse con la heredera de Joaquín y Ana.

19. José seguía dado a su trabajo, de vez en cuando tenía sus oficiales que le daban la mano para la conclusión de sus obras de carpintería, y jamás dejó arrebatarse del fuego de desordenadas pasiones; si no que sujetando siempre su cuerpo y su carne al espíritu, iba siendo el modelo de todos los estados y edades.
20. José aunque sin ninguno de sus padres Jacob y Abigail, cuya modesta fortuna había heredado, con todo, obedecía a sus mayores, honraba a los ancianos, socorría a los menesterosos, y guardaba el lirio inmaculado de la pureza virginal con su vigilancia, oración y mortificación.
21. José, siempre fue José, sin que nadie hubiese podido tildarle la menor cosa: y nunca se le vio ocioso, siempre útilmente ocupado, siempre entregado del todo a Dios, sin jamás asociarse con compañeros no convenientes, sino viviendo siempre en el santo temor y amor de Dios; y siempre preparándose para recibir a la admirable compañera que el cielo le tenía preparada.
22. El Hijo de Dios que vino al mundo para ser modelo de todos los estados, lo fue especialmente de toda la juventud, dándonos ejemplos eficaces en esta edad la más peligrosa de la vida; y José lo veía crecer todos los días en gracia y virtud.
23. José era el verdadero jefe de la Sagrada Familia; y José vio a Jesús que le estuvo sujeto por el espacio de treinta años: y así como en nuestros días de amor y deseo de independencia pierden a la incauta juventud, así Jesús estando obediente a José a todos enseña la necesidad de cobijarnos bajo su patrocinio si no queremos perecer.
24. San José que guardó la juventud de Cristo, teniéndole obediente en su compañía y en su taller, guardará la de todos los jóvenes, si al santo bendito se encomiendan, y quieren seguir sus avisos, sus enseñanzas y sus ejemplos.
25. El joven cristiano, en san José tendrá su verdadero protector; porque en él hallará consejo y acierto en la elección de estado, que es uno de los fundamentos más importantes de la cristiana juventud. Dichoso el joven que así lo hace.
26. La causa principal de perderse en nuestros días esa inmensa juventud que comienza mal y acaba peor, es porque no se encuentra cobijada con la protección de san José, pues como no ora no le pide su gracia, y como no se la pide no se la concede.
27. Hay muchos santos que pueden ser protectores de las Congregaciones, pero ningún santo hay que compararse pueda con san José, porque como padre de Cristo, tiene la gracia especialísima de proteger a la juventud, guiarla y conducirla hasta el fin. ¡Ojalá que nuestros jóvenes comiencen a entregarse del todo a san José!
28. Nadie se olvide al fundar una Congregación, al establecer un noviciado, un orfanatorio para la juventud, el poner por protector a san José; porque la experiencia enseña que la causa porque no prosperan todo lo que deberían, es por no estar bajo el patrocinio de san José, por estarlo sólo de nombre y no con la formalidad debida.
29. Haz, Dios mío, que predicando y propagando entre todos los jóvenes la devoción a san José, bajo cuya obediencia pasaste tu juventud; has repito que el santo los preserve de caer en el error o en el pecado hacia el cual corre desolada la inexperta juventud.

30. Oh señor san José, santo mío, santo de nuestro corazón, alcánzanos acabar los días de nuestra vida bajo de tu protección, y que propaguemos con singular ardor tu devoción; y además te digamos con el mayor fervor: ¡Oh san José, protector de la juventud, sálvala!
31. En gratitud a los cien y cien beneficios de san José, trabajar con empeño para que se funden congregaciones que recojan a los jóvenes y los consagren desde pequeños a san José; y haz santo glorioso que los que vivan cobijados bajo las alas de tu manto, crezcan como el niño Jesús en edad, gracia y virtud; y sobre todo estar sin pecado, santo bendito.

1. Haz de cuenta que Dios por medio de la santa Iglesia te dice: “Id a José, y haz todo lo que él te diga, y sobre todo cuanto te enseñe no tanto por sus palabras, cuanto por los bellísimos ejemplos de los libros santos”. Enséñame por tanto, a cumplir las obligaciones de mi estado, mediante el perfecto cumplimiento de mis santos votos.
2. San José dado por Dios por Patrón Universal de la Iglesia; así como es modelo perfecto de todas las virtudes, lo es igualmente de todos los estados; y lo es por tanto de los vírgenes por su virginidad angelical, y de los casados por su matrimonio con María, siendo el custodio y padre nutricio de Jesús: aprendamos de José, principalmente considerados como miembros del Instituto de san José.
3. Nada hay en san José que mancille su pureza virginal, nada que enturbiase su fidelidad conyugal, nada que deslustrase el cumplimiento de sus deberes con el Hijo de Dios: hasta este punto es nuestro modelo.
4. José siempre virgen, y siempre custodio fiel de Jesús y de María, por la unión más concorde de voluntades, es en todo un modelo sin igual, puesto que quiso Dios juntar con él por maravilloso consorcio la excelencia de la virginidad con la fecundidad del matrimonio y las funciones del sacerdocio; ¡tanto nos conviene vivir del todo entregados al servicio de san José!
5. San José, el santo de las gracias y de los privilegios, porque él fue virgen y casado, continente y padre, patriarca y profeta, confesor y mártir, y todas las excelencias que ha concedido Nuestro Señor a algún santo, las hallamos de un modo eminente en san José; por esto siendo el santo perfectísimo, todos podemos y debemos aprender de él, principalmente los ligados con los santos votos de pobreza, castidad y obediencia.
6. Los sacerdotes debemos aprender de san José, el modo de tratar a Cristo Jesús, de desempeñar bien nuestros sagrados ministerios; y aprender bien el modo de decir la santa Misa; ya que tomando en nuestras manos al mismo Hijo de Dios que José tocó innumerables veces.
7. Si el sacerdote es ministro de Cristo, embajador de su ley hasta edificarse en la persona de Cristo, mediador entre Dios y los hombres, pastor y guía de Israel, luz del mundo y sal de la tierra, ángel del Dios de los ejércitos, coadjutor de Dios, corredentor, y aun Dios con él; todo esto lo es san José; y lo es de un modo el más admirable y perfecto que el mismo, así como lo es de la manera más excelentísima posible.

8. ¿Quién puede ser mejor modelo y guía a los venerables sacerdotes que san José, ya que éste al par de ellos dispensa y trata todos los días los misterios de Jesús, y fue el primero que comenzó a ofrecer el sacrificio incruento del altar al eterno Padre, como en la santa Misa? Concede por tanto señor san José, al Instituto Josefino, sacerdotes puros de alma y cuerpo; y sacerdotes que digan la santa Misa como abrasados serafines.
9. Como José desempeñó todos los oficios de padre y esposo, con la perfección propia del mayor de los mortales; así las manos del sacerdote deben ser puras, porque al par de José, tocan el cuerpo de Cristo. ¿Quién fuese del número de tan venturosos sacerdotes?
10. Los labios del sacerdote deben ser puros, como enrojecidos con la sangre de Jesús; y sus ojos deben ser puros, porque miran al autor de toda pureza que está oculto bajo las especies de pan y vino en el altar.
11. San José con la pureza propia del padre de Jesús, miró siempre las purísimas carnes del niño Dios; así debe mirarlo el sacerdote en la santa Misa. Ustedes, ¡Oh sacerdotes, son los vírgenes que cual flores del jardín de la Iglesia, porción la más noble del rebaño de Jesucristo, y son también las primicias de la grey del Señor, por esto su vida ha de ser pura porque la pasan con Jesús!
12. ¡Oh venerables sacerdote! Seamos devotos del excelso Patriarca, y el nos enseñará el modo de portarnos dignamente con su hijo Jesús, en el trato frecuente con él todos los días al decir la Misa, y aun al administrar los santos sacramentos, ya que en su administración obramos como representantes directos de la persona de Jesús.
13. Aprendan los vírgenes de san José virgen, porque, después de María santísima, no hallarán modelo más perfecto y acabado que el que les ofrece san José.
14. San José modelo de recogimiento y de vida interior, mortificaba sus sentidos, y toda su atención la ponía en Dios a quien amaba con inexplicable amor: ¡oh qué admirable el recogimiento de san José! No, ni un momento podía separarse de Jesús o de María.
15. San José despejado de honras, riquezas y amor a las criaturas, no suspirabas más que por la unión con Jesús su Dios: por esto oraba, vigilaba sobre sus sentidos y los afectos de su corazón: y se mortificaba de un modo tan cabal y perfecto que no se notaba en él cosa alguna que no tuviera por objeto a Jesús y María.
16. Imitando de esta manera a san José, oh vírgenes afortunadas, serán las vírgenes prudentes, porque como vírgenes perfectas son las flores del jardín de la Iglesia, y la porción más noble del rebaño de Jesucristo, y las primicias de la grey del Señor, y las columnas de la virtud y la corona de la fe, así como las perlas más preciosas de la Iglesia.
17. San José es también modelo de casados: y en su celestial y divino matrimonio debemos admirar principalmente el triunfo de la pureza.
18. José, virgen y con voto se desposa con María virgen y con voto también, y se compromete cada uno a ser guardián de la virginidad del otro: honremos a tan felices esposos, y trabajemos con todo empeño para ser todos los días más y más santos.

19. José se desposó con María, y su matrimonio es firme cuanto las promesas que se hacen son más inviolables; porque son tanto más puras, cuanto se acercan más a Dios; ya que el fruto sagrado de este matrimonio, fue el Salvador del mundo; y es el fruto ornamento, precio y recompensa de la virginidad de María y de José.
20. Aprendamos todos de san José la fidelidad y concordia de voluntades. San José guarda a María; san José vive en paz con María; no hay en María cosa que le desagrade, ni la virgen la halla en san José.
21. José desposado con María, es un espejo donde deben mirarse todos los religiosos; y aunque es cierto que su matrimonio virginal, mas de admirar que de imitar, no obstante nada los exime de ser fieles, castos, concordés y pacíficos en su vida: así deben vivir los religiosos que unidos por los votos de pobreza, castidad y obediencia han de vivir en su convento o en su residencia en la concordia cristiana.
22. San Francisco de Sales, profesaba un amor afectuoso a san José; habló muchas veces de sus glorias; el decimonoveno de sus entretenimientos, tiene por objeto las glorias de san José; su tratado tan espiritual lo dedicó a san José, y aunque el santo nunca predicaba dos veces al día con todo hizo excepción de esta regla para honrar a san José.
23. El mismo san Francisco de Sales que había llenado de riquísima dulcedumbre la tan exquisita devoción a san José, quiso que fuese como la leche para criar en sólida piedad a las primeras hijas de la Visitación, orden que acababa de fundar para mucha gloria del Altísimo, y a él dedicó la primera Iglesia que para ellas levantó; y en las reglas se recomienda a las monjas con el mayor encarecimiento, que mediten sobre san José, y que lo tomen como su modelo, su protector y su todo.
24. En el breviario de san Francisco de Sales, y en la hora de su muerte no se encontró otra estampa que una de san José; y estando para expirar dijo a su confesor: ¡Oh padre mío! ¿No sabe su reverencia que soy todo enteramente de san José? Con estos afectos expiró santamente en la paz del Señor.
25. Cumpliré con fidelidad todas las obligaciones de mi estado a imitación de san José, que en su casa de Nazaret, siempre hizo todas las cosas bien; y lo invocaré con frecuencia, para que haga siempre y en todo lo que Dios quiere, suceda lo que sucediere, procurando no tener nunca otra voluntad que el santo ejercicio de hacer en todo la voluntad de Dios.
26. Glorioso san José modelo de buenos maestros, guarda de malos maestros a la juventud, y haz que procuremos todos servirnos de toda nuestra influencia para que sean católicos prácticos los maestros o ayos de la niñez y juventud, y de nuestra parte apliquemos para el profesorado a las personas más inocentes y más fieles a la gracia de Dios.
27. Glorioso señor san José, por todos tus trabajos en la instrucción y educación del niño Jesús, haz que todas las Hermanas Josefinas que se emplean en nuestros asilos, sean de tal suerte como ángeles que sus educandos nunca reciban ningún escándalo, y sean conducidos por ellas como su ángel visible de la gloria.

28. Imagínate ver a san José, con el niño Jesús, trabajando de carpintero en la modesta tienda de Nazaret; y haz que yo me santifique en las ocupaciones que el Instituto, por medio de la obediencia, me hubiere dado.
29. San José para ser con verdad especial protector de los obreros era conveniente pasase la vida en el taller trabajando; para que viendo los obreros cómo se portaba san José, así acierten a portase ellos principalmente en nuestros días, que gente mala y aun criminal, infunde entre los artesanos las ideas más contrarias a la justicia, y así se explica ese odio de perversidad de los obreros para con sus amos.
30. San José aunque hijo de cien reyes, y a quien por derecho le tocaba gobernar la Judea, en fuerza de las circunstancias vino a menos, y por esto ejercía el oficio de carpintero en Egipto, Judea y Nazaret, y ganaba el pan con el sudor de su rostro, y siempre estaba contento con su suerte; y sin culpar a nadie veneraba los justos juicios de Dios.

1. San José como justo, jamás exigió de los trabajos que hacía ni un céntimo más de su valor y con empeño y con toda la perfección y ahínco trabajaba cual laborioso artesano en su modesto taller: trabajaba en compañía del modesto aprendiz Hijo de Dios, acepillaba, aserraba la madera, y fabricaba con primor y destreza, mesas, puertas y ventanas, arados y yugos y cuantas cosas le encomendaban sus parroquianos.
2. José en su oficio no defraudaba del jornal, ni trabajaba menos de lo convenido; y sin embargo el Señor permitía a veces que se hallase sin jornal y sin trabajo, para que sirviera de modelo y edificación a los obreros de nuestros días, para que estos en circunstancias semejantes sepan aprender de san José, la resignación cristiana que han de tener.
3. Santa Brígida, nos dice, que siempre y cuando san José se hallase en aprietos semejantes, sintiendo los efectos de la necesidad, sin darles Jesús, oro ni plata les exhortaba a la paciencia, y se guardaba de ambicionar lo que otros tenían: para que la Divina Providencia, obre siempre en nuestro favor, enviándonos siempre lo necesario para el sustento, imitemos a señor san José.
4. San José **modelo y protector de los obreros**, y de cuantos se hallan en semejantes estados e inferior condición, es presentado por el Papa León XIII, diciéndoles: san José de sangre real, unido en matrimonio a la mejor y más santa de todas las mujeres, padre en opinión de los hombres de Dios, a pesar de todo esto pasa su vida trabajando, y con el trabajo de sus manos, procura cuanto es necesario para la sustentación de su familia, sin aspirar nunca a medios extraordinarios, para poder subsistir.
5. El hacendoso José, contento con lo suyo aunque poco, sufrió con ánimo igual y levantado las estrecheces que van necesariamente unidas a aquella escasez de los medios de sustentarse; y nunca creyó que en sus trabajos hubiese algún deshonor, sino que puede, cuando se le junta la ocasión, grandemente ennoblecerse.
6. El poderoso patrocinio de san José, con los ejemplos que ha dado a todos los trabajadores y artesanos es lo que ellos deben cumplir en la práctica, y de ningún modo deben hacer caso de las promesas de hombres sediciosos, que a fuerza de trastornar por todas partes el orden establecido, se constituyen en revolucionarios.
7. Todos los obreros de cualquier condición que sean les conviene confiar del todo en el poderoso patrocinio de san José, que por medio de la Iglesia da a todos verdaderas y

celestiales enseñanzas; y sigan todos oyendo o invocando a san José el modelo de obrero católico: ¡Oh, que de hoy en adelante todos amemos más el trabajo!

8. Vamos a José, dijo una persona muy caritativa, muy entusiasta y acérrima devota del santo; vamos a José, puesto que Faraón siempre contestó así a cuantos le pedían socorro en sus necesidades. ¡Dichoso aquel que pone toda su confianza en san José!
9. Contempla al bendito san José, agonizando en brazos de Jesús y de María, y lleno de mayor afecto dile de corazón: “muera como tú, oh dulce protector mío, la muerte de los justos; y desde este día procuraré hacer algo todos los días de vez en cuando, para que mi muerte sea preciosa en la presencia del Señor”.
10. El señor san José, porque probó el amarguísimo instante de la muerte más que todos, fue constituido patrón de los moribundos; porque para él morir fue inmensamente más doloroso que para todos los demás santos, porque le privaba de la presencia corporal de Jesús y de María.
11. Con razón se le llama a san José el protector de los agonizantes porque padeció más que todos los moribundos, yéndose al seno de Abraham, después de haber gustado por treinta años de las delicias de la presencia de Jesús y de María, de su conversación más íntima de su trato familiar más instructivo y el más dulce y el más admirable, y el más consolador y sabrosísimo.
12. Murió san José en brazos de Jesús y de María plácidamente en el Señor, e invocando los nombres dulcísimos de Jesús y María; y según antigua tradición los ángeles añadieron el nombre de José. ¿Qué más podemos desear? ¡Oh feliz muerte! Muera yo también la muerte de los justos. Muera en el momento queridísimo en el que broten de mis labios Jesús, María y José.
13. Para que merezcamos la muerte del patrocinio de san José; vivamos como verdaderos religiosos que somos; y de hecho habiendo observado las reglas moriremos como san José, asistidos de san José, protegidos de san José, y en brazos de san José. ¡Oh qué dulce será morir en brazos de quien tanto nos ama! ¿Quién lo pudiese alcanzar? Vive como san José, y será tu muerte la preciosa en la presencia del Señor.
14. Ningún devoto de san José ha tenido mala muerte; y ya que por experiencia de los demás lo podemos asegurar, obliguemos también nosotros al santo bendito para que sea nuestro abogado y protector en aquella hora; y entonces exclamarás lleno de gozo: ¡Oh nunca hubiera creído fuese tan dulce morir; porque muero en brazos de san José! Desde ahora me apartaré del pecado, y practicaré la virtud, cumpliendo bien las santas reglas que he procurado.
15. Todos los días repetiré por los agonizantes muchas veces al día: corazón de José puesto en agonía, apiádate de los que mueren en este día: Jesús, José y María, haced que expire en paz y con vosotros el alma mía.
16. Contempla a san José angustiado al ver a María su virginal esposa, cuyo rostro se ponía más brillante que el mismo sol; y como él había dado su consentimiento para que concibiendo por obra del Espíritu Santo, fuese verdadera Madre de Dios, al ver en ella tan terrible, aunque amable transformación, trato de dejarla ocultamente, pero el ángel le quitó toda inquietud y entró en posesión de la paz.

17. Viendo los grandes milagros que obra san José a toda clase de personas y en toda clase de enfermedades, pérdidas y aflicciones del espíritu, rezaré cada día los dolores y gozos de san José, siendo esta corona para mí, lo mismo que el rosario para los Dominicos.
18. Contempla a san José, adorando con María al tierno infante, en la pobrecita cueva de Belén, oyendo los cánticos de los ángeles, y sumamente agradecidos viendo que primero los Pastores y después los Reyes Magos, adoraban también al Mesías prometido: dame José santísimo a conocer al niño Dios, y después amarlo y adorarlo, colocándolo en lo íntimo de mi corazón principalmente después de la Sagrada Comunión.
19. Llaga san José a Belén con María su esposa, próxima a dar a luz al deseado de las gentes en la ciudad de Belén, después de un viaje tan penoso, y no encuentra casa donde guarecerse del frío de aquella noche en la rigurosa estación del invierno: y san José sufre, bendice, y alaba la Providencia que todo lo rige y gobierna.
20. Qué dolor para san José que recordó que para el niño Moisés hubo una princesa que compasiva le socorrió, mas para Jesús Rey de cielos y tierra, no hay nadie que le ofrezca albergue en el último rincón de su casa. ¡Oh dolor del corazón de san José, a la vista de tanta crueldad y desvío de los de su misma parentela! Y san José sufre, bendice y alaba la Divina Providencia, que todo lo rige y gobierna.
21. Devoto de san José, no te enojas contra la dureza de los betlemitas, al contemplar como abandonan a los rigores del frío, y a la inclemencia de la ruda noche a una joven delicada y honesta, próxima a ser madre, privándose por ellos de hospedar en su casa al Dios de los cielos; tú, tú hiciste lo mismo, te podía decir san José, cuando por tibieza abandonas la frecuencia de los sacramentos. ¡Ojalá que en adelante frecuentes con más devoción y piedad!
22. Contempla devoto josefino una de las escenas más tiernas que admirar pueden los ángeles y los hombres. El infante Jesús Hijo de Dios, reclinado sobre unas pajas en un pesebre, y envuelto en pobres pañales. Contempla a María Virgen y Madre de Dios, arrullando con amor a su adorado Hijo. Contempla también a san José arrodillado a los pies del Divino Niño derramando copiosas lágrimas de ternura, y amándolo con el amor más perfecto, más puro, más celestial y más divino.
23. Miles de miles de veces adoraba san José al infante Jesús como a Dios: y como padre virginal lo tomaba en sus brazos, lo estrechaba contra su corazón, imprimía el ósculo amoroso en su divina frente, le acariciaba de todos modos, y Jesús agradecido le sonríe también. ¿Qué sentía el corazón de san José? Y tú, ¿qué sientes antes de comulgar, mientras comulgas y después que has comulgado?
24. José al escuchar los pucheritos del tierno Jesús, siente que su gozo se enturbia; más lo recobra del todo al ver al coro de ángeles que con sus suavísimos cantos vienen a acallarle juntamente con los cuidados de san José: y José se llena de nuevo gozo al ver a los sencillos pastores que le ofrecen sus dones, y presentes del todo perfumados del más acendrado amor. ¡Qué grande es san José! ¡Cuán feliz!, ¡Cuán afortunado!, ¡Cuán único entre los hombres! ¡José, es siempre José!

25. Oh José santísimo, descubre a nuestras almas los encantos de tu adorado niño Jesús, da a gustar a nuestros corazones las delicias de la piedad que ama Jesús: muéstranos cuán suave es el trato y amistad con Jesús, y pon hastío en nuestras almas por todo lo que no sea Jesús. Jesús, Niño hermoso Jesús, a quien tú adoras como a Dios y acaricias y regalas como a hijo tuyo haz que lo ame con todo mi corazón, con toda mi alma, y con todas mis fuerzas.
26. Oh bendito José, tú eres todo por tu virtud, y por esto todo se lo das a Jesús, yo no soy nada, y nada tengo sino miseria y pecado: acepta mi pobre corazón tal como es; purifícalo tanto que no haya en él ningún vicio y adórnalo tú de aquellas tres virtudes que te hicieron amante de Jesús.
27. Los sentimientos de san José en la circuncisión de su hijo Jesús, fueron tales que apenas puede uno clasificarlos si no es diciendo: dolor sumo el de José, cuando empuñaba el cuchillo de la circuncisión cae la sangre de su adorable hijo; y sumo goza cuando al cortar el prepucio le impuso el nombre de Jesús.
28. El corazón de san José experimentó un dolor inexplicable al ver correr las primicias de la sangre de su adorado Jesús; y llora de compasión al oír sus tiernos vagidos; y llora sin consuelo al ver a su divina esposa con el corazón hecho pedazos; pero era necesario que así fuese para que nosotros conociéramos la fortaleza de José, y el amor inmenso que nos tiene a todos y para que pudiésemos conocer lo que pasaba en su alma, comenzando a obrar como corredentor del género humano, obrando siempre con Jesús y María.
29. José en la circuncisión pronuncia el nombre de Jesús; y Jesús como sagrado conjuro disipa su dolor y llena de inefables consolaciones su alma; porque Jesús que es nombre de grandeza le hace expresar el Dios de los hombres, el Padre de los hombres, y el Salvador de los hombres.
30. San José adoraba siempre el nombre de Jesús por excelencia, lo amaba por su dulzura, y lo invocaba con confianza por su poder.
31. En aquellos sus santos arrebatos, san José le decía a Jesús: “verdaderamente que eres padre de los pobres y consuelo de los afligidos; y desde tan presto derramas tu alma para salvarnos y redimirnos”.

1. José en el gran misterio de la circuncisión se le descubrió el fruto de la Purísima sangre de Jesús, las ruidosas victorias que este santo nombre reportaría sobre las potestades del averno, y su eficacia para conseguir del eterno Padre, cuanto por él se le pidiese.
2. San José contempló postrado de rodillas al oír el nombre suavísimo de Jesús los cielos, la tierra y los abismos, adorando su soberana excelencia. ¡Qué gozo para el corazón paternal de José!
3. José por intercesión del sacratísimo nombre de Jesús te pido pongas tu divino nombre, como un sello sobre mi corazón, para que no ame ni suspire sino por Jesús, para mi Jesús y esté pegado a mi memoria, entendimiento y voluntad, en vida y en la eternidad de eternidades.
4. Contempla a san José con la virgen y el niño en el templo lleno de dolor por la profecía de Simeón, y lleno de gozo por el fruto de su pasión: y José entrevió de un solo golpe en aquel momento en que resonaban tan magníficos vaticinios las alternativas de gloria y de ignominia, de exaltación y de abatimiento por donde Jesús había de pasar. ¡Qué dolor el de san José! ¡Qué gozo tan sumo el de José!
5. José vio los combates y victorias que innumerables reportarían en el mundo: vio miles de fieles adoradores de Jesús que sacrificarían por no abandonarle su honra, sus comodidades, su regalo y aun su vida, derramando su sangre generosamente en medio de los más inauditos tormentos. ¡Qué gozo el de José!
6. José vio poblarse los desiertos de imitadores de Jesús, y los cielos de santos y bienaventurados por los méritos y gracia de Jesús; y vio la solicitud con que miles de corazones generosos en todos tiempos, lugares y condiciones que cifrarían su mayor gloria en ser de Jesús, en militar bajo las banderas de Jesús, en amarlo por los que no lo aman, y en desagaviarle por todos los que lo desprecian.
7. ¡Oh glorioso padre mío José! Dame la gracia de servirte en medio de las tribulaciones de la vida, para no ser confundido en el último día; y de esta manera sepa sufrir las molestias de esta vida.
8. ¡Padre mío san José! En vista de tu paciencia inaudita, de lo que en adelante aunque repugne a mi sensualidad el cáliz de amargura, lo aceptaré resignado por venir de tus manos repitiéndome, en la abundancia y en la escasez, en la salud y en la enfermedad,

en la exaltación y en el abatimiento, en la compañía y en la soledad que se haga siempre en mí la santísima voluntad.

9. Contempla a san José con María y el niño Jesús huyendo de noche a Egipto con gran sobresalto, y en medio de la mayor desolación por salvar la vida de su adorado Jesús. ¡Líbrame santo mío de caer en manos de mis enemigos! Haz que del todo confiado me entregue a su soberano patrocinio.
10. Considera cuántos serían los padecimientos del corazón de san José en el terrible trance de la fuga a Egipto, cuántos sus dolores. ¿Quién lo guiaría en su camino?, ¿dónde ha de fijar su residencia?, ¿quién le ofrecerá hospitalidad?, ¿quién defenderá al tierno infante de la intemperie y agitación del viaje?, ¿quién lo librá de las celdas de los emisarios de Herodes? A todo respondía la Providencia de Dios.
11. Yo soy, mi divino Jesús, le decía José, yo soy tu amparo en el abandono y persecución que te han movido los hombres; delante de ti está mi corazón y mi silencio lo habla todo, veo caer los ídolos al entrar en este pueblo idólatra, preveo que aquellas semillas que siembras en estos momentos darán a su tiempo por estos lugares innumerable multitud de santos anacoretas, innumerables coros de purísimas vírgenes y ejércitos de mártires los más ilustres. ¡Qué contento el de José en su dolor!
12. San José no pide prodigios, adora en silencio las disposiciones de Dios y no se cuida más que de obedecer huyendo a Egipto y no le asalta la idea siquiera de la dificultad del viaje, contentándose con la luz, la protección y la asistencia de Dios.
13. Contempla a san José dirigiéndose al eterno Padre pidiéndole luces especiales para todos los maestros, ayos, pedagogos de la niñez y juventud, y el eterno Padre les dice: id a José, y el les enseñará el modo de instruirla y educarla perfectamente: san José, ayo de Jesús, enséñame la ciencia de los santos sobre este punto tan delicado e importante.
14. Piensa que el sapientísimo José para que te dediques muy bien a instruir y educar a la juventud te dice desde el cielo: no hay cargo de más importancia ni de más trascendencia que el de maestro; porque nacemos todos ignorantes e inclinados al mal, y si no hay quien desvanezca con la verdad la ignorancia y reprima con la práctica de la virtud las perversas inclinaciones no seríamos otra cosa que seres abyectos. ¡san José ruega por nosotros! Amemos nuestra santa vocación que nos consagra a la enseñanza.
15. No se puede ser buen pedagogo o maestro sin imitar al modelo de educadores, san José, porque él tuvo este cargo del cielo, él es el más distinguido de todos, ya se considere el fin de su pedagogía, ya al infante Jesús a quien educó. ¡señor san José ilumínanos y edúcanos! Amemos más y más nuestra santa vocación que nos consagra a la enseñanza.
16. Es señor san José el que para que aciertes en un punto de tanta importancia te dice: formar el corazón con la virtud, la inteligencia con la verdad, y hacer probos y honrados ciudadanos, buenos hijos, respetables padres, gloriosos moradores de la celeste Sión, es sin disputa alguna el más bello, honroso y provechoso cargo de los maestros para con sus discípulos. Así debemos obrar, enseñando y educando.

17. San José es el más acabado modelo y patrón de los ayos, maestros y pedagogos de la niñez, para formar con el tiempo a la admirable juventud: acudamos todos los josefinos a san José para que nos enseñe el modo de formarla y prestemos a la sociedad uno de los mayores beneficios.
18. Fue san José el elegido por el eterno Padre para pedagogo de su Hijo Jesús, y fue san José el que cumplió el cargo más honroso y lo cumplió de la manera más perfecta. ¡Ojalá que todos lo imitéramos cuando la santa obediencia nos confiara una escuela!
19. Ningún maestro ha tenido jamás en sus escuelas a un discípulo más distinguido que san José: y ningún discípulo ha habido, ni puede haberlo que sea más excelente, mas dócil y aprovechado que el que educó san José. ¡Cuán presto se regeneraría el mundo si los discípulos procuraran imitarlo!
20. Jesucristo, hijo de Dios e hijo de María, esposa de san José, fue discípulo de san José, obediente a su voluntad hasta los treinta años: y por tanto de Jesús fue san José padre, maestro y ayo: y fue su protector y guía y compañero.
21. Aunque no necesitaba Jesús, como la sabiduría del eterno Padre, de instrucciones, no obstante quiso recibirlas de san José; así como oía a los doce doctores de la ley en el templo y les preguntaba y les proponía sus dudas: así como fiel discípulo se portaba en el taller de Nazaret.
22. Así como crecía en edad, sabiduría y gracia el buen Jesús, según frase del Evangelio, así recibía del santo pedagogo José las advertencias y lecciones de su edad; porque Cristo fue introducido en el mundo verdaderamente; y por lo mismo no debía anticiparse en lo exterior a las leyes naturales, ni prescindir de lo ordinario de ellas en las cosas.
23. ¡Oh!, no se sabe aquí de qué maravillarnos más, si de la humildad del Hijo de Dios en la escuela de José oyendo sus lecciones, o de la dignidad y confusión del santísimo Patriarca, al ver cómo Jesús le estaba sujeto y aprendía las lecciones que le daba en horas y días consecutivos conforme su edad y al apuntar de su inteligencia.
24. Imitar a san José en ser buenos maestros en las escuelas y colegios es un punto del todo indispensable, y hacer lo contrario es salir malos maestros, maestros de inquietud y cuyas escuelas más bien deberían llamarse escuelas de Satanás. ¡Qué todos los miembros de ambas familias josefinas imiten siempre a san José! Amén.
25. Para que aciertes a contemplar bien los sentimientos de san José en su vuelta a Egipto; contempla al santo volviendo de Egipto, con el temor que le imponía el cruel Arquelao, así como el gozo de verse restituido con los de su pueblo; y todo lo sujetaba a la conformidad con la voluntad de Dios en todas las cosas. ¡Oh si tratáramos de tal suerte ser perfectos; que desnudos de la propia voluntad sólo hiciéramos la voluntad de Dios!
26. Fíjate en san José volviendo de Egipto; no volviendo de aquel cautiverio, precedido por la nube de fuego que guiaba a los hijos de Israel por las arenas del desierto; ni Dios Padre obrando piadosos prodigios mostrando la divinidad de su hijo, sino que todo lo deja al cuidado y vigilancia de san José, para que el santo salve al salvador y libre de la muerte al inmortal. ¡Qué grande es san José!

27. Fatigado del camino san José, descansa bajo la erguida palma del desierto; y el divino infante reclinada sobre le seno de su padre san José, el cual para preservarle de la inclemencia de la noche, le cubre con su pobre manto; y contempla la tranquilidad con que duerme Jesús y María bajo la protección y cuidado de san José.
28. Jesús y María están en el desierto, rodeados de fieras y con peligros de ser asaltados por los ladrones, pero una y otro reposan dulcemente, porque vela su sueño a su lado el vigilantísimo san José. ¡Así vigila por nosotros como nuestro protector desde su trono de gloria! ¡Oh si desde ahora amáramos más a san José!
29. Las incomodidades del viaje templábanse en el corazón de san José con el gozo de volver a su querida patria, y poder fijar su morada entre el pueblo escogido por Dios; y entonces el ángel del Señor le ordenaba en sueños que vuelva a Galilea, y que viva allí sin zozobra ni asalto.
30. El santísimo José en Galilea, rodeado de su querida esposa María y recreado con la compañía y gracias infantiles de su Jesús, pasaba la vida más dichosa que se pueda desear; y muertos los perseguidores, restablecido a su pueblo, aseguradas ya la vida y subsistencia de Jesús y María, el corazón de José nadaba en un mar de dulzura. ¡Así es la vida religiosa a favor de los verdaderos misioneros y hermanas josefinas que son exactos observantes de su regla y de sus constituciones!

1. ¡Cuán dulce cosa sería al corazón de san José recordar en familia los peligros que había pasado para salvar a Jesús! ¡Cómo Jesús tierno niño aún se complacería en oír estas sentidas pláticas! ¡Cómo se desharía en muestras de afecto y de amor hacia sus bondadosos padres! ¡Qué san José nos proteja! Amén.
2. Nada puede compararse con la alegría y gozo subidísimo que gustaba el santo en la modesta y tranquila casa de Nazaret. A Jesús y a María les decía: cantemos al Señor porque ha hecho brillar su gloria y grandeza precipitando en el mar del olvido a nuestros perseguidores, porque todos han desaparecido. ¡Así desaparecen los perseguidores de los religiosos ante la vista del que guarda su regla!
3. Dios ha confiado particularmente a los cuidados de san José, a los espíritus que se dan a la vida interior, en recompensa de la vida oculta que pasó con Jesús y María en la casa de Nazaret.
4. Deslizábanse tranquilos los días de la vida de san José en la modesta tienda de Nazaret; ganaba el pan con el sudor de su frente en el humilde oficio de carpintero; sudor enjugado y refrescado por la presencia, conversación y trabajo de su divino aprendiz, el dulcísimo Jesús. Admiraremos a José que en este destierro, gozaba de la compañía y trato familiar de aquel que forma las delicias de los santos. ¿Cómo gozaría san José? ¡Oh!, la vida de san José es la vida de las vidas, es la vida del padre de Jesús, señor san José.
5. Muchos fueron los dolores de san José, mas el que experimentó en la pérdida de su hijo Jesús, superó de una manera extraordinaria a todos los dolores; hasta asegurar Orígenes que fue tan superior a todo dolor, que sufrió san José más que todos los mártires en todos sus martirios.
6. ¡Qué dolor para san José verse sin Jesús!, sin Jesús que siempre había sido tan sumiso y atento; sin Jesús que había previsto que en un abismo de penas había de sumirlo su ausencia, y, sin embargo, José ha perdido a su hijo Jesús. ¿Acaso está ya preso?, ¿por ventura ha comenzado ya su pasión?, ¿quizá empieza a verter su sangre? ¡Fue ciertamente el dolor de José en esta ocasión un dolor sobre todo dolor!
7. ¿Quién podrá medir los dolores y las angustias de José, cuya alma santísima se encuentra apartada de la presencia de su Dios? ¡Oh santo mío!, dame a gustar tu pena para compadecerte y compadecer las almas a quienes Dios se oculta por amor, y llorar

las veces que yo le he perdido por el pecado; que de hoy en adelante ame de corazón a Jesús.

8. San José con María su esposa no se entregó a una consternación inerte, al verse sin Jesús, sino que buscó a Jesús diligentemente en el camino y en Jerusalén, sin dejar sitio que registrar, ni a persona a quien pedir. ¡Jesús, hijo mío, hijo mío!, iba clamando san José, ¿adónde te escondiste, amado de mi alma?
9. Hechas en lo humano todas las diligencias sin resultado satisfactorio, san José determina acudir al templo y allí pedirle a Dios el remedio de aquella gravísima dificultad. Mas, ¡oh sorpresa!, ¡oh gozo inexplicable!, ven al niño Jesús a quien lloraban perdido por tres días, lo ven sentado en el templo en medio de los doctores de la ley, oyéndolos e interrogándoles y asombrando a todos con la profundidad y sabiduría de sus respuestas.
10. José y María en el templo, suspensos y llenos de estupor, adelantándose María le dice: “Hijo mío, ¿por qué obraste así? ¿Tú padre y yo te buscábamos consternados?” Esto nos revela la vehemencia suma del dolor que experimentó san José, a quien llama por esto con el tierno nombre de padre.
11. El dolor del corazón paternal de san José fue en esta ocasión tan sumo que pudo exclamar: a proporción de los dolores que atormentaron mi corazón, tus consuelos de buen Jesús llenaron de alegría mi alma.
12. Contempla a san José cabe al trono del Altísimo, y el de su esposa María, y al Señor que te dice: así será glorificado el siervo bueno y fiel que glorificó a su Señor. Señor san José que eres exaltado a tanta gloria para salvar al pueblo escogido, sálvanos.
13. San José se halla sin duda alguna en cuerpo y alma en los cielos ¡Qué gloria! Quien podrá con esto no ya comprender, pero ni siquiera vislumbrar la gloria del cuerpo glorificado de san José.
14. ¡Qué brillantes rayos saldrán de los purísimos ojos del santísimo patriarca! ¡Qué hermoso aparecerá su semblante tan semejante al de Cristo! ¡Qué río de suavidad no saldrá de su boca tantas veces besada por Cristo! ¡Cómo resplandecerán aquellas callosas manos que ganaron el sustento de Cristo?
15. Los brazos de José allá en el cielo semejarán los arcos de iris en medio de nubes de gloria; y sus pies que tanto se fatigaron por salvar a Cristo, y buscarle sustento, aparecerán sumergidos en un océano de paz; y sus miradas alcanzando las de Jesús, reverberando con las de María, serán recogidas por el santo inundándole suavemente en un mar de delicias. ¡Oh cuán inefable es la gloria que san José goza en el cielo!
16. José allá en el cielo, siempre sereno, alegre y festivo, sentado en un trono de gloria inmortal, siendo allí rey de reyes, señor de señores y adorado en aquella región de eterna paz por las jerarquías celestiales y por todos los justos. Unamos a ellos todos nuestros actos de piedad para que toda criatura bendiga y alabe, honre y glorifique a san José.
17. Allá en el cielo san José con el blanco estandarte de la pureza virginal, capitanea el coro de los vírgenes que siguen al cordero inmaculado por donde quiera que vaya ¡Oh, ¡qué grande es la gloria del cuerpo de José!

18. Mira allá en el cielo al virginal padre de Jesús, aclamado por todos los coros de ángeles y santos como el salvador del Salvador, y escucha que todos acordes le dicen: Bendición, gloria, loor y alabanza, acción de gracias y paz a José, el dignísimo esposo de María y padre virginal de Jesús.
19. ¡La gloria de san José en el cielo es la medida de su humillación, y como fue el más humillado con Jesús y María; así ahora con Jesús y María es el más ensalzado en los cielos; y allí ve claramente, incesantemente la esencia divina; y ve la inmensidad de aquel niño que tuvo en sus brazos; y adoró y crio, alimentó y vistió, ¡y le hizo todos los oficios del más tierno y amoroso de los padres!
20. Allá en el cielo ve José los infinitos tesoros de gracia y gloria, de aquel niño que arrulló en la cueva, pobrecito y reclinado en el pesebre; y allí ve a Dios cara a cara; allí ama a Dios con los ímpetus de lo infinito; y allí lo abraza y lo acaricia para siempre, siempre, siempre.
21. Contemplemos a san José en la gloria; y admiremos y meditemos el beso amoroso y eterno de Cristo Jesús con san José su virginal padre, él constituye toda su felicidad, y él gozará de Dios por los siglos de los siglos.
22. San José fue glorificado de un modo especial en el cielo como jefe de la Sagrada Familia; y colocado ciertamente en el lugar más cercano a Jesús: y si María está a su derecha, José está a su izquierda.
23. La devoción de los **siete domingos** del gloriosos Patriarca san José es una de las más provechosas, porque de meditando en ella sus dolores y gozos, se experimenta de un modo especial su poderoso patrocinio; por esto no debe haber entre los misioneros de san José, y entre las hermanas josefinas, quien no los practique algunas veces al año para recabar del santo bendito la gracia especialísimas que necesitare.
24. Te recomendamos como miembro del Instituto Josefino que hagas con la mayor eficacia la devoción de los siete domingos, para conocer la vocación y acertar en la elección de estado; para tener una santa muerte por medio de la recepción de los santos Sacramentos; para obtener la conversión de algún pecador; para librarnos de alguna tentación molesta, para alcanzar la victoria de la pasión dominante.
25. La devoción del rezo de los siete domingos te servirá también para el buen éxito de algún negocio a la mayor honra y gloria de Dios; para gozar el espíritu de oración unido con Jesús y María, en acción de gracias por los beneficios recibidos; y sobre todo para acertar en tu vocación o en el modo de ser fiel a ella.
26. Ayuna de algo todos los **miércoles** que son consagrados a san José; y en dichos días procura la presencia de Dios diciendo en ellos con el mayor fervor y frecuencia: Jesús, José y María yo os doy el corazón y el alma mía.
27. Procura repartir libros, medallas y estampas de san José no sólo a tus amigos y conocidos, sino también a personas desconocidas cuando las veas en alguna aflicción, y aconséjales el rezo del triduo a san José, el rezo de los septenarios, novenas, días 19 y sobre todo la devoción de los siete domingos, etc.
28. No pasar día sin entretenerte tu mismo con san José, pidiéndole gracias, bendiciones, auxilios, por la gracia inefable de su concepción inmaculada; y tomar la firme

resolución de hablar a los hombres de san José, de hacer impresiones de alguna devoción a san José para facilitar que sea conocido, honrado y glorificado.

29. El día 19 de cada mes, que nos recuerda el nacimiento del santo a la gloria y el día 20 contemplándolo en el glorioso día de tránsito, forman una devoción, que produce mucho fruto en las almas, y sirve no poco para salir de la tibieza y abrazarse en las llamas del divino amor.
30. Es muy buena devoción para honrar al santo meditar en sus principales gracias y privilegios de ser su esposa María santísima Madre de Dios de tener por hijo a Jesús, hijo de Dios; de ser obedecido por Jesús y María; de haber gozado de los abrazos y delicias del rey de la gloria, de haber sido el primer adorador del niño Jesús, de morir en los brazos de Jesús y María, de resucitar con Cristo.
31. Felicita a José por haber resucitado junto con Jesús en el día glorioso de su resurrección; y junto con Jesús ser trasladado al cielo en cuerpo y alma glorioso.

## **1. Súplicas a señor san José para obtener la práctica de la perfección de las constituciones.**

---

1. Sanctissime Joseph, audi nos ut in conspectu tuo simus absque peccato:  
*et hanc gratiam concede nobis, per tuam purissimam conceptionem...*
2. Sanctissime Joseph, exaudi nos, ut sancti simus coram Deo et hominibus: et hanc..
3. Sanctissime Joseph, protege nos, ut nostras apostolicas functiones, dignissime exercere valemus: et hanc...
4. Sanctissime Joseph, illumina nos, ad instruendos pueros et juvenes juxta constitutiones: et hanc...
5. Sanctissime Joseph, concede nobis, simplicitatem, humilitatem et zelum animarum: et hanc...
6. Sanctissime Joseph, concede nobis fidelitatem in exactissima regularum observantia: et hanc..
7. Sanctissime Joseph, dona nobis filis tuis millia milium vocationum ad tuum sanctum Institutum perfectissime efformandum: et hanc.

## **2. Súplicas a señor san José, para alcanzar un purísimo amor a la Sagrada Familia.**

---

1. Poderosísimo José, líbranos del espíritu de fornicación.
2. Poderosísimo José, líbranos de los engaños del demonio asmodeo.
3. Poderosísimo José, líbranos del azote de la lujuria.
4. Poderosísimo José, líbranos de los celos del amor hacia las criaturas.
5. Poderosísimo José, ojalá que yo te ame de corazón con Jesús y María.
6. Poderosísimo José, ojalá que, con Jesús y María, te ame con todo mi corazón y con toda mi alma y con todas mis fuerzas.



